

Repertorio Americano

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXI

San José, Costa Rica 1930 Sábado 9 de Agosto

Núm. 6

Año XI. No. 502

SUMARIO

El Paraguay y Artigas.....	Manuel Domínguez	De los amores de Bolívar.....	R. Blanco-Fombona
El Dr. Olaya Herrera, Presidente de Colombia.....	Alejandro Alcarado Quiros	Bibliografía titular.....	A. Arguedas
Yasconcelos en Colombia.....	Maz Jiménez	Aves de tempestad.....	Octavio Jiménez
Leyendas de Guatemala.....	Concha Espina	Luto.....	
Honrando la memoria del poeta Freo. López Merino.....	Juan del Cambio	La voz del amigo.....	
María Alicia Domínguez.....		Tablero (1930).....	
Nuestra Segunda Cámara, agencia funesta de entreguismo.....			

El Paraguay y Artigas

—De La Unión, La Asunción—

Al Dr. Baltazar Brum

¿Por qué el Paraguay no auxilió con un ejército al caudillo oriental, cosa que pedía según sus notas que custodia el Archivo de la Asunción?

Porque sus escasas fuerzas apenas bastaban para defender sus fronteras y porque el Paraguay y Artigas acabaron por estar en planos diferentes.

En verdad, entre el Paraguay, Artigas y Buenos Aires, hubo completo desacuerdo. Eran tres tendencias que correspondían a tres distintas situaciones.

Al Paraguay se debe la primera idea de la Confederación, en el sentido exacto del vocablo, la que presupone la soberanía de cada Estado confederado. El Paraguay en todas sus notas a Buenos Aires, resalvaba su independencia, la proclamaba como un dogma que se debe acatar, sin discusión.

Artigas era el apóstol de la unión Federal en que cada Provincia sería autónoma, pero no sería soberana.

Buenos Aires, creyéndose heredera del poder virreinal, perseguía el sistema unitario y monarquista.

En síntesis: el Paraguay quería su independencia absoluta y fué el primer pueblo sudamericano que la declaró; Artigas quería la dependencia mutua, pero equitativa; Buenos Aires quería que todas las Provincias dependiesen de ella.

El Paraguay triunfó en su propósito legítimo; Artigas sucumbió en su esfuerzo generoso por la unión general que a la larga, sin embargo, prosperó también en la República Argentina, y la ambición unitaria y monarquista de Buenos Aires fué desbaratada por los gauchos federales que, raudos y libres como el viento, llevaban en su corazón la democracia.

Y Artigas creyó que el único culpable de no haber el Paraguay adoptado su sistema federal, era el doctor Francia. En consecuencia, conspira contra él en Abril de 1815, en los mismos días en que le invitaba a entrar en su sistema federal. La cons-



José Artigas

Pero faltaba difundir por América la verdad de Artigas, y ésa es la grande oportunidad de este libro (1); faltaba encumbrar, a altura capaz de percibirse más allá de las fronteras nacionales, esa figura de epopeya: sin duda la más original, soberbia y arrogante, la que más soberana fuerza de personalidad vincula, entre cuantas se destacan en el cuadro de la revolución de nuestro extremo Sur. Pocas veces la conjuración de los odios heredados, de los egoísmos de nación o ciudad, de las inercias y rutinas que traban la libre renovación de los juicios humanos, ha levantado en derredor de una figura histórica tan espesa nube de polvo como la que ha venido obscurciendo, ante el extranjero, la grandeza del indomable jefe de los gauchos, del inspirador de las gloriosas Instrucciones de 1813; pero ya ese polvo efímero se aquietó y desciende a su lugar, y América y Artigas van a abrazarse con abrazo indisoluble. Ninguno de los caudillos sudamericanos personifica con tan característica energía la democracia espontánea, genial, nacida de las entrañas mismas de América; ninguno como él desplegó desde el primer momento, con tal fe y tal constancia, la bandera de los principios de organización que habian de prevalecer como fundamento perdurable de la independencia y libertad de los pueblos del Continente.

José Enrique Rodó

(1) Hugo D. Barbogelata: *Artigas y la Revolución Americana*. Editions EXCELSIOR. Paris. 1930.

piración en que entró iba a crear al caudillo oriental una posición falsa ante el temible Dictador.

Artigas vencido, primero por Lecor y después por Ramírez que le persiguió con furia incansable, pide refugio al doctor Francia: confía en la generosidad del Dictador y en la hospitalidad del pueblo amigo en donde tuvo resonancia simpática su nombre. El Dictador no le concede el honor de una audiencia, castiga así su doblez, pero le salva de la persecución de un enemigo temible.

Artigas vino, dijo después el doctor Francia, sin más bagaje que una alforja y una chaqueta colorada. Lo peor era que bajo esta pobre chaqueta venía un corazón apretado por un torno. El fugitivo era víctima del amigo pérfido que dice el salmista y a ese pérfido debía el infortunio propio y el infortunio de la patria. Allá lejos quedaba hundida aquella patria, sueño desvanecido de aquel sonámbulo!

Pero la persecución de Ramírez no había terminado. Un apógrafo inédito existente en el Archivo de la Asunción, datado en Corrientes, lo comprueba. El caudillo de Entre Ríos pide al doctor Francia la extradición de Artigas. Le ofrece navegación libre de los ríos, libertad de comercio, alianza, amistad, le ofrece todo, a condición de que le entregue el fugitivo.

Pero el doctor Francia, con su mentalidad superior, no era hombre de dejarse engañar por un Ramírez. Estaba muy en autos de su complicidad con los conspiradores paraguayos de 1819 y el Dictador con su carácter irreductible, signo cierto de su naturaleza metálica, hubiera preferido dejarse sepultar entre las ruinas de la patria antes que complacer al caudillejo. Ni se dignó contestar a Ramírez su nota de extradición, puso preso al conductor del pliego y envió un ejército a Villa del Pilar. Así se salvó Artigas de las garras del amigo pérfido.

Historia posterior del caudillo oriental: La pensión que le dió el doctor Francia, era mayor que el sueldo de su Ministro de Hacienda. Le fijó su residencia en San Isidro. No es cierto que le mantuviese en cautiverio. El gobierno de Ribera que le llamó después de la muerte del doctor Francia, rectificó el aserto — lo dice otro papel de nuestro Archivo. Al contrario, le salvó la vida con darle asilo, le salvó de la furia de Ramírez y del rencor portugués, le salvó de la miseria con la pensión: Conducta elegante digna del Dictador y del Paraguay y que merecía el célebre caudillo.

¿Y por qué no quiso Artigas retornar a la patria qua tanto contribuyó a crear?

Una nota de Gauto, el comandante de San Isidro, dirigida a los Cónsules, permite inducir las causas. Iré glosando el documento constante en nuestro Archivo.

Empiezo por notar que en 1841, año en que los orientales, al fin le recordaron, Artigas estaba arruinado por la edad. Tenía 78 años (había nacido a principios de 1764).

Y la idea fija en un anciano es la proximidad de la muerte. En la memoria retrospectiva del caudillo, los recuerdos de sus campañas a veces le turbarían, pero esas imágenes difusas huían cuando pensaba en la cercanía de la noche ineluctable. *El resto de mi vida es muy limitado*, dijo a Gauto, cuando éste le entregó el mensaje de Ribera. Zorrilla de San Martín, con su bella dicción evocadora, dice que parecía ya un transeunte solitario del bosque de mirtos, en que discurren las divinas sombras impalpables. La realidad sencilla es que un hombre a los 78 años no es ni sombra de lo que fué. En definitiva, Artigas, en 1841, era muy diferente del caudillo tempestuoso de otros tiempos. Lo era también por el medio en que vivía.

En efecto, *hay un acorde secreto entre la naturaleza y el alma*. El estado de espíritu simpatiza con el ambiente, se tiñe con el color del paisaje, triste o risueño, como las nubes, según dicen, se amoldan a la comarca por donde van, y así la resignación del caudillo de ojos azules se ajustó con la placidez de la selva pensativa. No sé si digo lo que quiero con decir que vivía en una tristeza serena como esos árboles esbeltos que se alzan, apacibles, melancólicos, dominando la llanura.

Artigas, que había sido siempre afecto a las clases rurales, estaba aclimatado en aquella tierra tropical de San Isidro, prodigiosamente fértil. Todos sus lazos de los últimos veinte años le ataban a San Isidro. Amaba con el amor pálido de la vejez la tierra en donde descansó de sus fatigas. El hombre de las tormentas había encontrado la calma, remedo de la felicidad, en aquellas verdes serranías y desde la altura a donde llegó por la senda del infortunio, podía repetir la frase del paria en la *Cabaña India*: «La desgracia se parece a la montaña negra de Bember, en los confines del abrasado reino de Lahore. Mientras la vais subiendo solo veis rocas, estériles, pero al llegar a la cumbre descu-

brís el cielo sobre vuestra cabeza y a vuestros pies el reino de Cachemira».

Artigas amaba esas cosas que dije como las ama el campesino, el montañés. Bompland, otro cautivo de la selva encantada, las amó como hombre de ciencia y cuando Humboldt y su patria le llamaron, tampoco quiso alejarse de la naturaleza melódica que se apodera del hombre con caricias de mujer. El doctor Francia tuvo que echarle por la fuerza. En resolución, Artigas (asevera el documento) pidió *se le conceda la gracia de finalizar en esta Villa*.

El filántropo, además, siente goces que desconoce el egoísta y Artigas había llegado a serlo. Era el padre de los pobres, según todos los testimonios. La gente sencilla que le rodeaba y le quería no le engañaba como le engañaron sus protegidos y aliados de otra época.

Le encadenaba también al Paraguay el trato que le dieron los Cónsules, quienes, lo propio que el doctor Francia, respetaron en él la gloria y la desgracia. Carlos A. López, después, le tuvo a su lado en Trinidad y le atendía como a un miembro de su familia. Artigas, munificente en su pobreza, pagó la gentileza paraguaya con el tesoro de su sentimiento. *Por los beneficios recibidos, dijo, según el papel que voy glosando, viviré en una gratitud inmortal*.

Artigas hizo una frase, sin pensarlo, ¿y cómo eternizar la gratitud del héroe a su segunda patria? Mi dictamen es que debe grabarse en su sepulcro esas palabras que salieron del corazón.

¿Y para qué hubiera renunciado Artigas a los pocos años de vida tranquila que le restaban?

Para caer en Montevideo, en aquel hervidero de pasiones desatadas, donde Ribera se aprestaba a la defensa y Oribe estaba por repetir el sitio clásico de Troya. Hubiera sido pasar del Paraíso al Infierno, una gran locura.

Artigas era ciertamente popular en su

país. No dudo que estuviese, de manera indefinible, en el alma de los Treinta y Tres cruzados de la causa, ni que su espíritu empujase las cargas tremendas de *Sarandi*. Era el héroe nacional. La imaginación había bordado su leyenda. Los gauchos fingían su simpática figura recorriendo las cuchillas amadas que recitaron su nombre, y, por la noche, en torno al fogón, memoraban sus hazañas. Los poetas le cantaron. Todo ello era verdad, pero todo ello no hubiera sido parte a impedir que una vez en Montevideo las fracciones irritadas le hubiesen atacado a discreción y precipitado su muerte, reabriendo las heridas que dejaron en su alma cicatrices indelebles. Era demasiado tarde para él y para los orientales, repitiendo lo que se dijo de Alberdi. Este Alberdi, en hora infausta, resolvió volver a Buenos Aires y retornó al destierro con el pecho oprimido.

En Artigas triunfó el buen sentido. Lo que dijo a Gauto es terminante, en la dicción de su nota: *Estoy muy distante de imaginar el volver a mi país nativo*.

Artigas probablemente nunca leyó el *Cándido* de Voltaire, pero supo comprender que a cuanto ofrece el mundo era preferible que siguiera cultivando su jardín de San Isidro.

El viejo jardinero de San Isidro, sin darse cuenta, se había hecho un poco filósofo en la Villa de los bosques grandes en que el viento, prosodia sollozante, canta su canción eterna. El viajero de la vida no estaba en condiciones de repetir la subida por la ladera de la montaña negra de Bember...

Los orientales hacen bien en honrar la memoria del caudillo. Patria es recuerdo y Artigas la personifica en el dominio inmutable del pasado.

Los dioses se van, por falsos, y se quedan los héroes, vencedores de la muerte, porque son eternamente verdaderos, eternamente humanos.

Manuel Domínguez

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSÉ, COSTA RICA

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras "National"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "Burroughs"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "Royal"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH
Socio Gerente

RAMÓN RAMÍREZ A.
Socio Gerente

El Dr. Olaya Herrera, Presidente de Colombia

=Envío del autor =



Dr. Olaya Herrera,
Presidente electo de Colombia

Llamado por sus conciudadanos, dejó el ilustre estadista su puesto de Ministro diplomático ante el Gobierno de Washington, y pudo repetir las tres palabras de César: vino a Colombia, vió las necesidades imperiosas de su pueblo que supo interpretar en esta fórmula concisa: «Haré un gobierno que penetrado de las circunstancias dolorosas en que ha crecido nuestra nacionalidad, tenga como norma de sus actos la conciliación y la benevolencia, que coloque la patria por encima de los partidos». Y venció el Candidato Nacional que llamó con elocuente verbo y con la sinceridad de sus sentimientos a todos los hombres de buena voluntad para que militaran en ese nuevo partido de concentración, bajo cuyos estandartes se abrazaron liberales y conservadores, revolucionarios de antaño y jóvenes que sueñan con una Colombia redimida, que olvidando las pasiones y los compromisos de partido, pueda realizar el programa de engrandecimiento que trazaron para ella los anhelos del Libertador y los mensajes de Santander, el hombre de las leyes.

Enrique Olaya Herrera tiene apenas cincuenta años. Es doctor en derecho, ha sido periodista de combate, opositor al Gobierno del General Reyes y dos veces Ministro de Relaciones Exteriores. Según la tradición genuinamente colombiana, se destacó en el parlamento como orador vehemente y ya ganados los prestigios de hombre público, se le envió a los Estados Unidos de Norteamérica, según la buena práctica de la Cancillería de Bogotá, que encomienda la Legación más delicada para nuestros países latinoamericanos a los líderes que la opinión pública ha consagrado por sus excepcionales dotes de honorabilidad, talento y energía.

La era de pacificación se inició en Colombia hará más de un cuarto de siglo, pero los frutos que se prometían las nuevas generaciones al cambiar radicalmente su línea de conducta y volver la espalda para siempre a la odiosa guerra civil, han sido seriamente comprometidos por el derroche de los gobernantes y la imprevisión de los ciudadanos. No es en esto una excepción el país del sur y podemos afirmar que su caso se repite con mas o menos sombras en el cuadro de nuestra América. Si se hubieran guardado en el Tesoro Público los recursos de los buenos tiempos, no se necesitaría ahora el consejo de expertos extranjeros para aliviar la situación financiera. Si no se hubiese imitado el proceder de las cigarras, ocupándose en bailar la danza de los millones, hasta agotar las ganancias de las pingües cosechas de café, no contemplarían los pueblos, ahora que llegaron las bajas y las liquidaciones anunciadas, tan sombrío su porvenir.

Ante el mal no se hizo esperar la reacción y en una forma avasalladora. El movimiento electoral, que según la pintoresca frase del ex-Presidente Restrepo: «formó una corriente serena, fuerte y majestuosa como la del paternal

río Magdalena», se podría comparar con la memorable lucha electoral nuestra de 1889, que marcó una etapa al despertar de las masas ciudadanas para intervenir en la vida pública; y fué tan elocuente el resultado de los comicios como protesta de la dominación del régimen partidista, gastado durante largos años de ejercicio y de poder, que el señor Olaya obtuvo un triunfo rotundo reconocido por sus dos ilustres adversarios y entra en esta semana, el día del glorioso aniversario de Boyacá, a inaugurar serenamente su administración.

Se espera mucho de ella y es preciso localizar el nuevo Gobierno en el marco heredado de penurias y de problemas de muy difícil solución, especialmente el económico, que ha hundido su garra despiadada en los recursos esenciales y en el crédito exterior del país hermano; pero el gobernante tiene la talla de un prócer y está decidido a pedir a la ciencia y al instinto de conservación de su pueblo, las fórmulas que servirán de pedestal y escudo para su acción constructiva.

He aquí algunos de sus propósitos, concretados en fórmulas breves y elocuentes, de su programa político.

«Un Gobierno que sea celoso e intransigente en el manejo del Tesoro Público y que ponga en práctica los consejos

de los técnicos de la ciencia financiera, cuya aplicación ha quedado en la mitad del camino».

Las noticias cablegráficas anunciaron ya la próxima llegada a Colombia de una misión financiera norteamericana que viene a realizar el intento del nuevo Presidente.

«Un Gobierno que tenga la preocupación de restaurar la prosperidad interrumpida mediante el apoyo de los grandes centros financieros del mundo, que se obtendrá si les damos la impresión de que somos aptos para gobernarlos dentro de las líneas de una severa honradez, de un espíritu de paz y de legalidad y de un propósito firme de sumar a esas iniciativas venidas de fuera, los recursos y energías que encierra nuestro territorio, en mutua y benéfica colaboración».

Anticipándose el Dr. Olaya a lo prometido, viajó de Candidato electo por los Estados Unidos, deseoso de infundir confianza en las fuerzas vitales de Colombia y en el ánimo de sus hombres para resolver la crisis que actualmente azota a la República. Esto para conjurar lo material. Veamos ahora la parte espiritual del mensaje.

«Un Gobierno, dice, penetrado, honda, leal y sinceramente de que no puede haber peor desgracia para un país que el fermento de la inquietud de las conciencias y que el respeto y acatamiento a la religión es un deber supremo para sus mandatarios, así como la armonía entre las autoridades civil y eclesiástica es una condición indispensable para todo progreso ordenado y pacífico».

Sin dejar de ser el Dr. Olaya Herrera liberal genuino, para demostrar precisamente que lo es y que su mentalidad está libre de prejuicios, establece en este canon fundamental la base indispensable de tolerancia para las ideas ajenas, en un país que hasta esta fecha ha sido influenciado en alto grado por la alianza del Altar y el Solio, relegando este problema religioso al dominio de las conciencias.

«Un gobierno, termina, organizado sin más compromiso que las obligaciones que contrae con la Nación, para el cual esté proscrita en absoluto la fatal doctrina que «destina los despojos para el vencedor» y en el cual, el primer magistrado no sea al salir de la lucha electoral, verdadero prisionero de sus amigos».

En síntesis y abreviando tan hermoso manifiesto, el Presidente que aclama en estos momentos la Nación colombiana se propone realizar un gobierno de tipo económico y no político y aspira a seleccionar el personal administrativo por los méritos intrínsecos de sus empleados, sin que el partidismo o el color de las ideas, rojas o negras, las creencias religiosas ni la situación social o pecuniaria, tengan peso ninguno en los futuros nombramientos, es decir, un gobernante que se orienta dentro de una norma de austera probidad a realizar aquello para que fue llamado del extranjero, a levantar a la Nación pos-

DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos,
oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

10 a 12 de la mañana
y de 2 a 5 de la tarde

Contiguo al Teatro Variedades

trada e infundirle confianza en su porvenir, guiándola en este minuto histórico «por el único camino que conforme a sus ideales puede conducir a la iniciación de un período de bienestar», según sus propias palabras.

En verdad que Colombia, por su participación tan importante en la epopeya de la independencia, por la virilidad de su altivo pueblo y por la voluntad manifiesta de rectificar sus errores, de que da testimonio la reciente y memorable lucha cívica, merece la regenera-

ción a que la tiene invitada su nuevo mandatario y ese país que se ha llamado prócer con justicia entre sus hermanos de América española, ha puesto sus ojos en un hombre digno y ecuánime, predestinado en este año, en que se cumplirá el centenario de la muerte del gran Bolívar, para intentar siquiera la realización del ideal de unificación de sus compatriotas, que fué en la última etapa de su vida, como el delirio y la obsesión de aquel cerebro extraordinario.

Alejandro Alvarado Quirós

San José, 7 de Agosto de 1930.

Vasconcelos en Colombia

= De *El Tiempo*. Bogotá. =

Las conferencias

Esta noche escuchará Bogotá la palabra de José Vasconcelos. Es con sincera y honda emoción como esta ciudad, amante de las grandes figuras intelectuales, oirá la voz del maestro, una de las más puras glorias del continente indoamericano.

Lo que justifica ese sentimiento de admiración y de respeto hacia el polígrafo mexicano no es la destreza verbal con que él exponga sus ideas y sus fórmulas. Es que detrás de sus palabras hay una vida, la fulguración admirable de una existencia, de una idealidad, de un apostolado.

Bogotá había tenido la oportunidad de ser arrullada por la lírica de expertos conferenciantes, de literatos hábiles, de afortunados jinetes de la frase. Pero nunca, antes de ahora, había visto en ninguna de sus tribunas, un personaje del inmenso contenido espiritual de José Vasconcelos. Él es, en sí mismo, uno de los capítulos más interesantes de la historia contemporánea de México. No se presenta ante nuestro público como un distribuidor de novedades filosóficas o literarias, sino como la conciencia misma de su raza, como el representante de una gran élite mental cuyos miembros no llegan a cinco en toda la América de habla española.

Por Vasconcelos hablará una cultura nueva, todavía en formación, que busca sus cauces estéticos y que, paralela a la revolución mexicana, esplende como una de las realizaciones más hermosas que pueblo alguno sobre la tierra pueda presentar a la consideración de los hombres. Y hablará todo un ideal de justicia y de organización social hecho no para caducos fines políticos, sino como el nuevo evangelio de un continente.

Hablará Vasconcelos con una voz de hombre. Sus palabras han madurado en la reflexión y en el dolor, porque él ha vivido en su propia carne y en su propio espíritu viacrucis de un ideario que, por contrariar viejas organizaciones doctrinarias o viejos equipos sentimentales, ha tenido que dar más de un tropiezo y afrontar más de una persecución.

La juventud colombiana que esta noche ha de escuchar a José Vasconcelos, sabe muy bien que no va a una mediocre diversión lírica. Va a respirar las palabras y la vida de un hombre cuya pureza alumbró cuatro lustros de la historia de México. Bastaría que, sobre el decoroso escenario, en un silencio religioso, apareciera la pensativa cabeza del filósofo y del maestro para que, en la expresión noble del

rostro, en el amplio gesto del evangelista, Bogotá sintiera pasar, como en una racha de gloria, todo el fértil sacudimiento de un pueblo y de una raza heroica.

José Vasconcelos en la tribuna del Teatro Colón es algo más que un conferenciante. Es una conciencia tendida sobre el continente americano.

Un nutrido y selecto auditorio llenó anoche el Teatro de Colón para escuchar a José Vasconcelos. Todo ese público exigente, muchas veces cruel, sabía previamente que el evangelista mexicano no era un pirotécnico de la palabra. Pero detrás de ella estaba vivo y palpitante el respaldo de una de las vidas humanas más bellamente estremecidas por el ideal, probadas por el dolor y el sacrificio. Esa impresión rigió el primer encuentro de Vasconcelos con el gran público bogotano. Y estamos seguros de que ella prevalecerá sin mermarse durante toda la temporada de exposiciones y conferencias culturales o políticas que nos dé el maestro.

Estamos acostumbrados al régimen oratorio del altoparlante, y cuando se llega hasta nosotros un hombre sencillo, que evadido de la retórica nos expone sus ideas y nos narra sus hechos con vocablos corrientes, sentimos una momentánea desorientación. Y es que, por un dañino error de crítica solemos involucrar la cultura dentro de la palabra musical y florida.

Pero es lo cierto que una patética más poderosa que la que emerge del campo verbal le da a las predicaciones de Vasconcelos un hondo sentido y emoción humanos. Y en horas como las presentes, cuando este país fatigado de la metáfora necesita el ejemplo de la acción larga y de la voluntad tensa, son hombres como Vasconcelos los que mejor pueden influir en la formación ideológica y sentimental de las generaciones nuevas.

Como a través de un mapa histórico Vasconcelos condujo al auditorio al conocimiento de la obra educacional de México desde los tiempos coloniales hasta los días de la revolución. Fue aquella una peregrinación interesantísima, porque quien la hacía forma parte integrante de la última etapa del vivir mexicano. La incorporación del indio a una cultura nacional que, en consonancia con el medio y con las exigencias de la época, lo capacite para la comprensión global de la nacionalidad y la obtención de un alto *standard* de vida, fue la obra más audaz y más bella de Madero. Esa

obra que en los tiempos y bajo la rectoría de Vasconcelos logró su mayor eficacia y fulgencia, puede decaer y titubear por obra de la mala política, pero nada ni nadie puede detener el ímpetu del alma indígena, porque hubo quien, en un momento decisivo para su curso histórico, le enseñara lo que ella vale y los horizontes ilimitados que se abren a su vuelo.

Inmensa, difícil, sacudida por los estorbos de la lucha, fue la concepción y desarrollo de un tipo de cultura que, hundiendo sus raíces en la tierra natal y en los caudales de la tradición, levantara su cima como un árbol para respirar los efluvios del mundo exterior y en una doble empresa, armara al mismo tiempo la mente y la mano de las grandes masas. Esa fue la obra planeada por la revolución en México.

Al través del relato de Vasconcelos, tan sencillo, tan diáfano que en su fondo se ven bullir los hechos, se percibe todo el soplo épico de esa revolución, y al escuchar al más prestigioso de sus relatores, se justifica plenamente el concepto con que Benjamín Carrjón definiera su evangelismo: «De no ser un *charmeur*, ni un conversador, ni un orador, este hombre sorprendente ejerce una influencia personal profunda que no es inferior sino que más bien completa a la que ejerce su obra, su doctrina. Tiene yo no sé qué iluminación interior—fuerza de acción, de bondad, de inteligencia—que lo superioriza entre todos. Es así como presenciamos este extraño caso de que un hombre que, sin declamar grandes palabras, sin la afanosa busca de cenáculo, tiene tras sí el fervor, comprobado muchas veces, de casi todas las juventudes hispanoamericanas.»

La conferencia de anoche fue un éxito pleno que completará la anunciada para la noche de hoy, y en la cual Vasconcelos nos dará el cuadro vivo de la cultura artística de México surgida al amparo de la revolución.

El triunfo del licenciado Vasconcelos en el Teatro de Colón es un índice de nuestra cultura, un argumento convincente contra nuestro pesimismo racial. Tenemos un medio educado para seguir con devota inteligencia una disertación sobre arte, que lo mismo hubiera podido leerse en la Sorbona que en la Universidad de Columbia. Va desapareciendo entre nosotros el concepto lusitano de que el conferencista debe ser una especie de hipnotizador, que sugiere al público con el brillo eléctrico de las cláusulas, con la agitación congestionada, con un extraño movimiento de músculos. Con una perfecta sencillez, como pudieron dialogar los filósofos socráticos, Vasconcelos expone tesis fundamentales, teorías propias, doctrinas vividas que constituyen la espléndida aventura intelectual de una de las mentes más selectas del mundo latino en nuestro tiempo.

Vasconcelos es un admirable estilista, precisamente por que es un escritor sencillo. El estilo es la compenetración de la idea con la frase, el leve manto ceñido que viste las culturas clásicas. La claridad es el alfa y el omega del estilo. El idioma en manos de Vasconcelos es la arcilla ligera que sigue todos los caprichos de su inteligencia.

Lo que caracteriza a Vasconcelos es el dominio de las ideas generales. Acostumbrado a manejar valores eternos, piensa y habla en presente, que es el tiempo que enuncia las verdades durables. A través de la cultura mexicana, deduce principios universales de arte, normas permanentes de acción y de vida para los pueblos latinos. Hombre de vida interior,

Leyendas de Guatemala

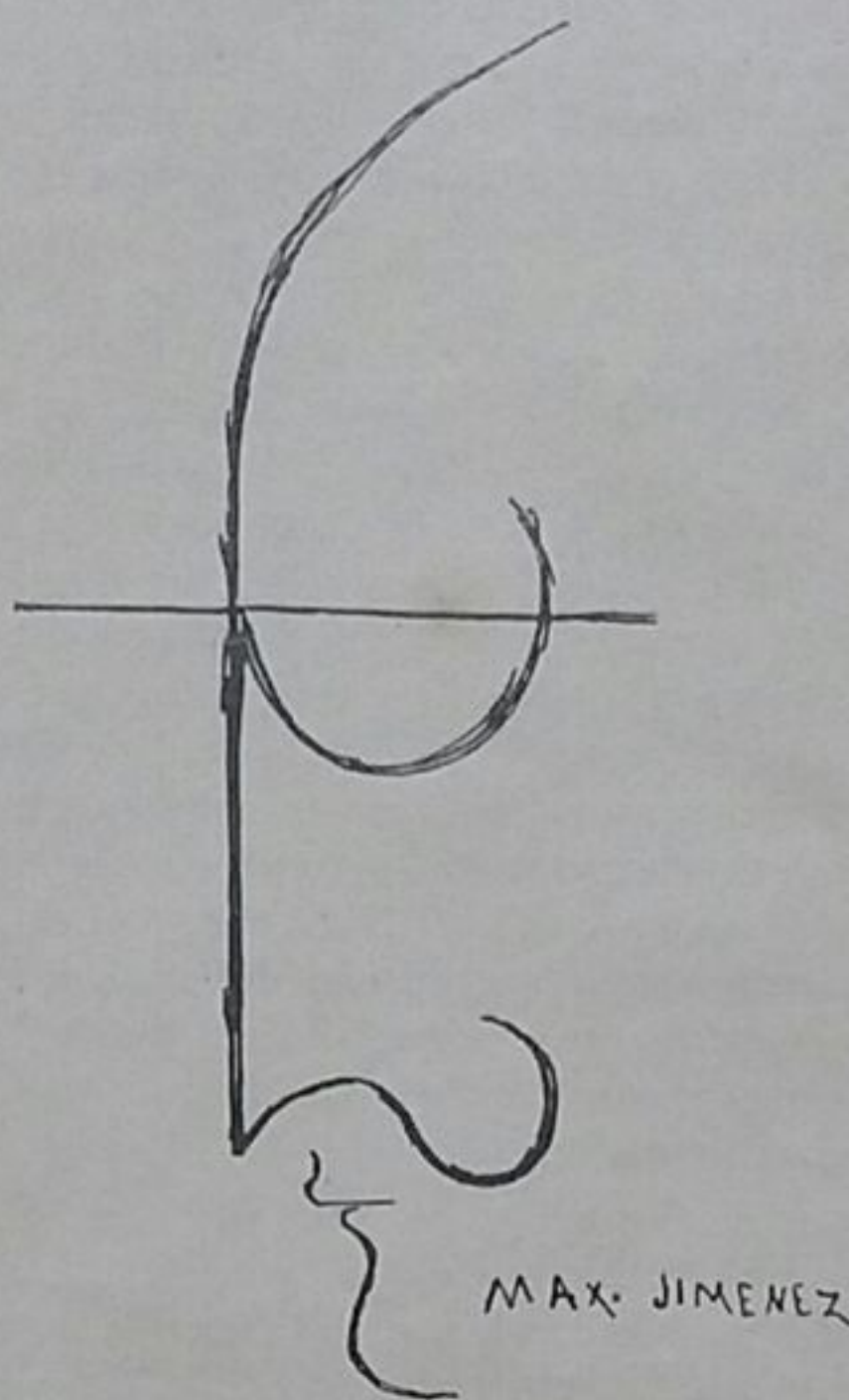
(Envío del autor)

Cada país debería tener su *Quijote*. Miguel Angel Asturias ha escrito para Guatemala las leyendas de su patria.

Siete años de trabajo, dice él, una vida depurando unas tradiciones que ha envilecido el campesino, justamente por la falta del campesino; ingenuidad esencial en los habitantes del campo.

He andado con las leyendas; viven en mi amigo. Miguel Angel sabe de memoria, es parte ahora desintegrada suya ese libro tan bello pero tan mal editado en prensas españolas.

Las leyendas están escritas en pompa indígena por un indio que lo es Asturias, uno que otro to-



M. A. Asturias

que de modernismo falso que desparece ante el oro lavado de los

Max Jiménez

San Isidro, 1930.

rios y las piedras talladas con sus hermanas más duras.

Fuerza es con las leyendas remontarse a los tiempos en que los lagos eran de esmeralda, a los tiempos en que la naturaleza auguraba sus propias injusticias por el canto de las aves.

Yo no he leído las leyendas en tan mal porte; me parece profanar el cariño que les guardo al oírlas de boca de su autor, vestidas de todo el misticismo que merecen.

Aquí en mi heredad escribo estas líneas con toda la melancolía en que hace eco un magnífico amigo ausente; él, de los primeros libros uno envió a su madre; otro tengo yo aquí a tantas millas de Europa...!

sus conceptos se deslizan en silencio, entre el ritmo atenuado de la frase. A semejanza de ciertos templos españoles de la colonia, es preciso penetrar a las naves interiores para encontrar la maravilla del decorado, porque la piedra de la fachada carece de todo ornamento.

El nacionalismo de Vasconcelos sigue la antigua enseñanza de que es preciso buscar, ante todo, el secreto de nuestra propia personalidad, cumplir nuestra ley así sea ella inferior, antes que imitar las extrañas. Lo que vale en un pueblo es el *ethos*, el carácter, las virtudes indígenas. Vasconcelos quiere para la América indoespañola un nacionalismo integral que se traduce en la defensa de las fuerzas espirituales—la raza, el idioma, la religión, el arte, las costumbres heredadas.

Entre los pueblos del Continente, México es el que ha conservado mejor su propia fisonomía contra la penetración extranjera. Puede afirmarse que aquel pueblo no será nunca definitivamente sojuzgado, porque tiene una personalidad superior a la de los invasores. La maravilla de la cultura mexicana no está sólo en la tradicional indígena, en la cultura azteca, sino en la obra sorprendente de la colonización española, que supo aprovechar la técnica de los aborígenes, enriqueciéndola con las grandes creaciones de la arquitectura peninsular. Así el estilo plateresco y el churrigueresco, multiplicaron en México la propia magia importada. El estilo churrigueresco, especialmente, por su profusión de símbolos, por su riqueza magnífica, medró como en su propio terreno en el trópico, y produjo en la gran nación azteca obras no superadas por la arquitectura española.

La música extranjera fue reemplazada con éxito por los aires nacionales, y en los tiempos modernos, en los días gloriosos de la revolución, la pintura fertilizó en obras tan extraor-

dinarias como las ornamentaciones de Diego Rivera en el Palacio de Educación Nacional de México.

En esta forma, cultivando las fuerzas terrígenas, volviendo al pasado, evitando la penetración cosmopolita, México pudo importar obras de arte, obreros y artistas a Europa y a los Estados Unidos.

Vasconcelos viene en misión evangelizadora, a descubrirnos el secreto de nuestra propia alma. Engreídos en la imitación extranjera, olvidamos todo lo que puede dar nuestra raza, las posibilidades de nuestro medio autóctono. Para expresarlo con uno de sus símbolos predilectos, la cultura constituye para cada pueblo el arca de la alianza, signo de espiritualidad, que defiende contra todos los naufragios.

La conferencia de Vasconcelos es la más elevada expresión de inteligencia que ha escuchado el país en muchos lustros. Es una interpretación completa de una de las culturas más originales del mundo moderno. Su hispanoamericanismo no es el disco falsificado con que muchos monederos falsos recorren el continente en giras espectaculares, sino la más alta manifestación de espiritualidad. Es la angustia de una raza amenazada por oscuras fuerzas disolventes.

En el discreto ambiente de la Escuela de Bellas Artes, Vasconcelos expone en dos conferencias su sistema filosófico, explicando su *Tratado de Metafísica*, que es un vasto esfuerzo de síntesis. Allí está su concepto del universo, que partiendo del átomo, en una suprema parábola espiritualista, va hasta la causa suprema.

Vasconcelos es el hombre universal, que sin diletantismo, sin frivolidad, habla profundamente como pudieron hacerlo Luis Vives o Erasmo, sobre instrucción pública, sobre arquitectura, sobre la música, sobre filosofía, so-

bre ciencias sociales, sobre historia y sobre política. Y, magnificándolo todo, imponiéndole un ritmo a su obra, la grandeza moral, que es su facultad dominante.

Vasconcelos y la política mexicana

En la comida que anoche ofreciera al Licenciado Vasconcelos S. M. María Teresa I y las directivas de la federación estudiantil, fiesta íntima y cordial a la cual asistió también un numeroso y selecto grupo de intelectuales bogotanos, el eminente polígrafo tuvo la oportunidad de explicar con las más claras y sencillas palabras por qué se veía obligado a hacer algunas exposiciones sobre la política de su país. La razón esencial de su actitud a este respecto no es otra que una franca y completa información a la juventud de Colombia, juventud que en memorable ocasión postuló su nombre para maestro suyo, sobre acontecimientos a los cuales estuvo ligado y cuya tergiversación podría traer un equívoco a sentimientos que no deben ser enturbiados.

Vasconcelos no es un hombre frenético y en todas sus palabras y gestos priva una espiritualidad superior que gusta de aventurarse en alto y largo vuelo antes que rastrear sobre las pequeñas miserias. La conferencia que anoche dictara ante un innumerable y fervoroso auditorio en el Circo de San Diego, viene a corroborar esta afirmación.

Pero así como carente de frenesí, Vasconcelos es un vehemente y no porque descargue en la ruda palabra la expresión de sus amarguras y protestas, sino porque un gran sello de verdad y de apostolado enmarca su predicación y acalora hasta sus más serenas exposiciones.

Lo que el ilustre ex-secretario de la educación nacional mexicana necesitaba revelar era por qué razón se había visto obligado a separarse de un régimen político y administrativo y cómo esa separación suya de la secretaría que antes sirviera, en vez de significar una traición a la causa de la juventud hispanoamericana, constituía la mejor prueba de su lealtad a sus más altos ideales. No intentamos hacer en esta breve nota una síntesis de su conferencia, tanto más cuanto que la publicaremos mañana de modo completo. Sólo anotamos la pulcritud admirable y la perfecta estética que rige estas campañas del Licenciado Vasconcelos. Nuestra juventud estudiantil no ha hecho otra cosa que ratificar su confianza, su admiración y su respeto por quien, como Vasconcelos, sería el más digno y el más valioso de sus maestros.

La lección de José Vasconcelos

Esta noche dictará José Vasconcelos su última conferencia en el Teatro Colón, y dentro de dos o tres días se marchará de entre nosotros, dejando una vasta estela de admiración y simpatía.

No son para Vasconcelos el adjetivo laudatorio trivial, el epíteto resonante ni la banal frase de aplauso. Todo en él es tan sencillo, que sólo es digno de él un elogio sobrio y severo.

Esa es la gran lección que nos deja este sembrador de ideas, este apóstol de cultura, que realiza su apostolado sin prestar armas, a la retórica, sin apelar a una lírica tropical que es las más de las veces el oropel con que se oculta el vacío de tantos de nuestros oradores y conferencistas. Vasconcelos ha seguido al pie de la letra el consejo de Verlaine y le ha torcido el cuello a la elocuencia; ha relegado las galas retóricas al rincón del fraseo inútil. Para Ortega y Gasset, es el énfasis el grande enemigo de la mentalidad latinoamericana, y tiene razón. En Vasconcelos habría él encontrado un ejemplar magnífico de nuestra raza que ha eliminado ese defecto, y que dice sencillamente, sin un gesto enfático ni una figura retórica, cosas grandes y generosas.

A nuestros teatros suelen acudir desde lejanas tierras conferencistas y oradores que vuelcan sobre su indefenso auditorio «todo un montón de frases». Vasconcelos, con naturalidad pasmosa, ofrece a sus oyentes unas cuantas ideas, un alto derrotero cultural, y realiza su apostolado sin rebajarse ni por un momento al papel de histrión, ofreciendo como respaldo todo su pasado, toda su grandeza moral, una de las más auténticas de que pueden enorgullecerse estas repúblicas. En la tribuna, son una lección estimulante no sólo las cosas que él dice, sino el ejemplo de su vida austera y ardiente, en que la codicia no ha hecho jamás mella; vida realizada por la pobreza altiva de quien ha manejado libremente millones sin que de ellos haya quedado la más leve mancha en sus manos de apóstol; vida realizada por la sinceridad valerosa, que le ha hecho erguirse ante sus propios copartidarios, para defender contra ellos, que acaparaban el rótulo de un partido, la esencia y las doctrinas que constituyen su razón de ser.

Vasconcelos, con acento de convicción profunda, pide a Colombia, a la cual llama islote de libertad, en un continente víctima de las tiranías, que ponga el peso moral de su opinión en contra de las dictaduras que afligen

a pueblos hoy desventurados de nuestra América. Y no vacila en revelarse contra el concepto necio de partidismo que incita a los hombres de un país a apoyar la obra que en otro país realizan hombres que llevan el mismo apellido político. No es, en ningún caso, la divisa partidista lo que hay que mirar; es la tarea que a la sombra de ella se realice; es la manera como se sigan los ideales de libertad, de civismo, de respeto a todos los derechos, de probidad administrativa y de intensa devoción por los fueros de la cultura. Un gobierno que en ellos se inspire, tiene derecho a nuestra simpatía y apoyo; uno que vaya en contra de esos ideales, sea cual fuere su color político, no puede merecer la adhesión de quienes quieren ser sinceramente fieles a esos ideales. Por eso, cuando en nombre de ellos ataca Vasconcelos los últimos regímenes de México, creemos nosotros que defiende el verdadero ideal liberal, al cual traiciona más que nadie aquel que en su nombre atenta contra los fueros imprescriptibles del derecho.

En sus conferencias políticas ha predicado Vasconcelos libertad genuina, y ha pedido para la raza indoamericana una política de altura que la salve de las pequeñas discordias intestinas y le permita consagrar todas las fuerzas de que dispone a una labor de progreso, de cultura genuina y de civilización efectiva que la capacite para resistir la presión extranjera; que salve nuestras características de pueblo libre, que nos dé el vigor necesario para realizar nuestros propios destinos. Con altísima visión patriótica, condena él las luchas de carácter religioso, como las más altas para debilitar esas fuerzas de resistencia interna que todo país necesita hoy para no perecer en la competencia económica y cultural que es la ruda ley actual de las naciones. Su doctrina es una doctrina de unión interna, que facilita el nacionalismo indispensable para resistir y para vencer. Pide libertades, derechos, y garantías; pide civilización completa, porque sólo el ciudadano libre y culto puede crear una patria grande. El súbdito de una dictadura será siempre presa fácil para la conquista franca o declarada; la colonia, más o menos disimulada, no la realiza la conquista extranjera sino la degeneración interna producida por una tiranía que mata el alma de los pueblos y rebajando al individuo, le arrebatara las condiciones que hacen de él un guardián de la patria.

Vasconcelos es un gran pensador, cuyos libros le adjudican alto puesto entre quienes orientan el criterio filosófico. Acaba de publicar un *Tratado de Metafísica* que es fruto de meditaciones profundas y de vastos estudios, y que penetra en los más recónditos problemas de la filosofía. Nada tan fácil para él como dictar conferencias llenas de erudición y de conceptos abstrusos, que le formen una aureola de sabiduría misteriosa. Él ha preferido a todo eso la exposición diáfana de problemas sencillos, de teorías claras; la narración de los dolores de su patria; la defensa de las ideas que pueden realizar la regeneración por él anhelada. Quiere ser un sembrador, un buen sembrador de sanas doctrinas, que ha llegado a la máxima sencillez al través del pensamiento intenso y de la acción vigorosa. No es un prestidigitador de teorías, sino un conductor de pueblos; no quiere deslumbrar sino enseñar, estimular a la tarea fecunda que está al alcance de todos. El éxito personal nada le importa, pero sí le interesa intensamente el fruto que pueda producir su generosa propaganda.

Bien hizo la juventud de Colombia en proclamar maestro a este hombre sencillo y valeroso, grande por el pensamiento y por la acción, desinteresado hasta el quijotismo, sincero y franco, animado por el más robusto y noble ideal nacionalista, enamorado de la libertad y del derecho, a los cuales no reconoce fronteras. Para *El Tiempo* es un honor gratisísimo haber contribuido a la venida a Colombia de este apóstol de cultura y de libertad, que nos trae no sólo las enseñanzas de su palabra, sino el ejemplo de su vida, el ejemplo de su predicación varonil, desprovista de énfasis y de hojarasca verbal, fuerte y sobria como la verdad que predica y que pide que la raza se salve por los caminos de la justicia, de la cultura y del patriotismo genuino, que se salve a sí misma, con fe en sus destinos, con la resolución irrevocable de ser fiel a ellos y de ponerse a su altura, no con frases vanas sino con la acción inteligente y firme.

Se vende el *Tratado de Metafísica* de Vasconcelos en la Adm. del Rep. Am. a \$ 8, (\$ 2 oro am. el ej.)

La visita de Vasconcelos

—De *El Gráfico*. Bogotá—

La primera impresión no es favorable. En Bogotá estamos acostumbrados a demasiados melindres, así en las inflexiones de la voz como en los ademanes, y aquel hombre, que viene de un combate cívico en el que expuso la vida, y que ha pasado los años en una no interrumpida sensación de batalla, tenía que darnos una primera impresión de reconcentración, de dureza. Lo mismo sus palabras. Nuestras gentes esperaban brillantez, lirismo, estremecer de palmas, gorjeos, comparaciones ingeniosas. Les resultó muy sencillo.

Sencillo es. Ahí está su fuerza. Y ahí está su profundidad. Todos los hombres de gran vida interior dan sensación de hombres corrientes. En el color blanco se hallan comprendidos todos los del espectro solar. Repitan los estudiantes la experiencia con el disco de Newton. Siete colores diferentes figuran en él. Se le hace girar rápidamente y ante los ojos aparecen los colores fundidos en uno solo: el blanco. Eso es Vasconcelos. Es la resultante de cien fuerzas que en él obran maravillosamente y que se equilibran en la deliciosa impresión de su sencillez y de su palabra apostólica.

Muy blanco es por dentro. Quien se acerca a su corazón lo oye latir con el ritmo que debe tener el de todos los apóstoles. Su palabra es persuasiva, al alcance de todas las comprensiones, con sonoridades que se quedan adentro, en el alma de quien la medita. Diríamos que está apretada, como una serpentina. Al arrojarla, se divide en pequeñísimos hilos de todos los colores, pero de colores que no significarán fantasmagoría sino riqueza de interpretaciones.

Ese hombre tiene antenas. Su infinito dón de simpatía, al que se llega una vez roto el hielo, una vez perforada la corteza que lo aísla del medio, que logra defenderlo de miradas intrusas y de familiaridades estorbosas, obra poco o poco el milagro de hacerlo comprender en toda la significación de su fe y de su esperanza. No es el Vasconcelos a quien han presentado traidoramente corresponsales apresurados. No es el ambicioso, no es el crédulo. Es el hombre lisa y llanamente consciente de la hermosura de su causa y del rigor de su acción, el hombre libre que en su modestia seductiva tiene todo el orgullo de la raza.

No entra en su predicación el odio estéril,

Se le nota apenas la impaciencia por la incompreensión de los que ignoran que la inferioridad económica de nuestros pueblos es el camino abierto para el vasallaje político. Nos quiere a todos fuertes, cultos, atrevidos, generosos, repletos de ideal, confiados en la energía latente que ya ha dado ejemplares de selección y que puede asombrarnos si la cultivamos. En él llora todo el pueblo de México. Es todo ternura por el indio silencioso, a quien se le ha enseñado a matar, pero que aprende con mayor gusto el canto, la gimnasia, la pintura, las ciencias, constituido en reserva de la humanidad, capaz hasta de lo excelso, pero desaprovechado, por el empeño de caudillos falaces de convertirlo en escabel para planes oscuros de ascension política.

Sabe Vasconcelos, y lo grita por dondequiera que pasa, que el problema máximo, o el único problema, es de educación. La educación hace el vigor, la cultura, la elegancia, el arte, la imaginación, cuanto existe. Del propio modo que los eriales se transforman en campos de labranza con el esfuerzo humano, las almas cerradas se abren y se pueblan de jardines cuando quieren escuchar al sembrador. Es esa siembra de cultura la que hará la siembra de los campos, la que dará frutos de bienestar, de progreso, de alegría, de inteligencia. Es a las capacidades dormidas a las que llama, para implorarles que no descuiden su fuerza. Esa fuerza reunida a todas las fuerzas semejantes, es la única que nos dará el sosiego. De norte a sur somos, en todos los países de la América que habla el español, la misma raza inquieta, atormentada por el peligro de un coloso, que nada nos hará si no nos le entregamos. Advertirlo, hacerlo creer, grabarlo en las mentes de cuantos lo escuchan, es la misión del apóstol.

Merece Vasconcelos ampliamente la popularidad de que goza entre los hombres libres de todo el continente. Nada quiere a oscuras ni en secreto. Su predicación es al aire libre, con todos los detalles del hombre suficientemente informado y todas las sugerencias del filósofo que desdeña la actitud trascendental y ríe como reía Aristóteles. Ha ido al pueblo, gusta del pueblo, sin que en ello haya ardid ni haya lisonja. Parece nutrido con los jugos de la misma tierra donde sienta la planta, y a su contacto se renueva y vigoriza como el Anteo de la leyenda. Todo en su campaña de sencillez carece de segundas intenciones. Es, como el fuego, purificador, y como la nieve, puro.

Su paso por nuestra ciudad fue muy rápido. Nos halló—y es una delicia haberle oído la confirmación de algo que hemos dicho centenares de veces, ante la incredulidad de los que nunca han viajado, y acaso jamás han leído— como un islote de libertades, en medio de las olas de dictaduras circunvecinas. Con eso basta para que en su retina sea exacta la visión de Colombia. Pudo hablar donde quiso y cuanto quiso. Halló oídos atentos. Y se lleva algo más que nuestra admiración, que cordialmente rendimos a su inteligencia: se lleva nuestro cariño.

*Etre admiré n'est rien
L'affaire est d'être aimé.*

Vasconcelos, a través de los pueblos recorridos, y principalmente en nuestra ciudad, que tampoco se entrega de repente, pero que es fiel en su cariño, ha debido sentir que es verdad cuanto afirmamos, y que en la emoción y en la tristeza con que lo despedimos está oculto, como un tesoro que gastaremos en su obsequio, nuestro entusiasmo por su apostolado.

L. E. Nieto Caballero

El viaje de Vasconcelos

Después de una corta temporada en Bogotá y una breve visita a Tunja, el Licenciado Vasconcelos se ausentó ayer de la ciudad con rumbo al ferrocarril del Pacífico, por la vía de El Salto-Apulo-Girardot-Ibagué. En nuestras ciudades del occidente dictará algunas conferencias y se embarcará luego en Buenaventura para tierras del sur americano. Luego irá a establecerse a Suiza, donde piensa fundar una revista pedagógica de alcance y de intención internacionales.

Durante su visita a Colombia, el Licenciado Vasconcelos reafirmó el inmenso prestigio de que disfrutaba dentro de las juventudes universitarias y estudiantiles, los núcleos de intelectuales y de artistas y la élite de la ciudadanía colombiana. Hombre sencillo y afable, enemigo de toda pose y de todo bombo, Vasconcelos nos dió lecciones perdurables con las palabras más claras y cristalinas. No se presentó ante nosotros como el candidato vencido ni la hiel asomó nunca a sus labios, habituados a la labor apostólica y docente. Sus preocupaciones eran más altas y su causa es la causa de medio continente que, para defenderse de serios peligros exteriores, ha de oragazar su cultura como su única fortaleza.

En todas las actitudes y palabras de Vasconcelos primaba el maestro. Nuestra juventud no se equivocó al escogerlo como tal y hoy ratifica ese mandato con el ingreso de fuertes y valiosos grupos tradicionalistas a quienes una información equivocada mantuvo esquivos cuando se hizo la postulación de su nombre. Y es que el apostolado vasconcelista salta todas las barreras de partidos para situarse en los campos de lo fundamental, allí donde los grandes intereses de la raza y del suelo, de la religión, del idioma y de la estética se confunden. Para dominar todos esos campos especulativos se necesita algo más que una vasta y robusta cultura, y es un inmenso corazón de hombre.

Anotamos como un feliz acontecimiento para la vida cultural e ideológica de este país en formación, los vínculos de estrecha y de leal amistad que entre nuestras juventudes y el polígrafo mexicano se obtuvieron con su venida. Esos vínculos no se relajarán con su ausencia.

Despedimos con respeto y cordial simpatía al Licenciado Vasconcelos. Lo esperábamos con emoción y con emoción lo despedimos. El deja entre nosotros algo que vale más que toda una temporada de retórica y es la afir-

mación de su carácter, de su conciencia, de su hombría. Sus enseñanzas no caerán en estéril surco porque la hora era propicia para la siembra. Acaso mañana él pueda venir hasta nosotros a recoger la dorada cosecha y esto, que sería la culminación de su victoria, constituye hoy nuestro mejor anhelo.

(El Tiempo, Bogotá)

Vasconcelos se despide

Hice por Tunja uno de los viajes más maravillosos que haya hecho viajero alguno. Estuve hoy en Chocontá, acompañado de amigos espléndidos. Ahora me despido de Bogotá. Una emoción dulce y melancólica me acompaña. Tener que dejar las cosas cuando han llegado a sernos más gratas. Apenas puedo precisar sentimientos. Han sido tantos y tan amables quienes me han atendido, ayudado, confortado. En fin, que ahora sí podré decir con verdad, con calor de pasión vivida: Bogotá, querido Bogotá! ¡Ah! y Tunja! Mi despedida, mi abrazo a todos los que no pude ver. He de escribirles.

José Vasconcelos

(El Tiempo, Bogotá)

Palabras a la juventud colombiana

=De La Novela Semanal. Barranquilla=

Dudo que los jóvenes de hoy se den cuenta plena de la herencia pavorosa que les espera; herencia de esclavitud y deshonor es las que les hemos estado preparando en casi toda la América. Esclavitud que se ha ido labrando una raza que mató en Méjico a Guerrero para encumbrar a Iturbide, que mató por aquí a Sucre y desdeñó a Bolívar para encumbrar a Obando; esclavitud que nos ha ido consolidando nuestra pereza, nuestra discordia, nuestra ceguera. Herencia también de deshonor, hoy que se olvidan el principio y el agravio y el orgullo para proclamar un *entreguismo* que ya va siendo clamor continental. Un clamor que acaso resuene en la misma Argentina el día en que se muera el viejo Irigoyen.

Vergüenza heredas de nosotros, ¡oh, juventud! Yo que miro mi continente, quisiera no ser padre en la carne para no dejar una descendencia paria, quisiera no ser padre en el espíritu para no dejar detrás la cobardía que busca excusas, la mentira que disimula oprobios. En fin, juventud colombiana que un día me proclamaste Maestro: te debo la verdad y te digo que da náuseas el continente.

Ven tú, si puedes, si logras renegar de tus mismos padres; ven con un cubo de agua que lave conciencias; ven con un puño firme que enderece voluntades. Supera nuestros conflictos miserables. Por encima de la disputa dogmática, por encima de las justas reivindicaciones de clase, por encima de las artes y de las ciencias, pon la decisión de unir, de levantar, de organizar a la raza para la defensa y para la creación.

De la derrota, de la opresión, de la miseria, sacan las almas válidas recursos inagotables de salvación. Busca dentro de ti misma, confía en ti misma, haz de todo tu asco un gran orgullo. Trabaja y paga. Gana sola tu pan; del extranjero el trueque, nunca el favor; al extranjero la mano, nunca la voluntad. Sólo una serie de generaciones dedicadas al trabajo rudo, al orgullo, al silencio, sólo una sucesión de hombres viriles podrá contener el oleaje que avasalla. Proponte ser el comienzo. Y si no eres comienzo sino fin, sabe por lo menos acabar con dignidad. ¡Y no nos imitéis!

José Vasconcelos

Medellín, marzo 5 de 1930.

INDICE Legenda aut adquirenda



Plutarco, <i>Vidas paralelas</i> : 10 volúmenes rústica	€ 12.00
Goethe, <i>Memorias de mi vida</i> . 3 volúmenes rústica	4.00
Luis Fischer <i>Manual y guía de alimentación del niño</i> , para uso de médicos, madres y nodrizas	3.50
Richard Peters, <i>La estructura de la Historia Universal de Juan Bautista Vico</i>	5.50
Rosario Fuentes (traductora), <i>Herder y su ideal de humanidad</i>	2.75
Antonio Ballesteros, <i>Las escuelas nuevas francesas y belgas</i>	1.50
P. Henriquez Ureña y Narciso Binayán, <i>El libro del idioma</i> (con la Guía)	6.00
E. Barbousse, <i>El fuego</i>	0.75
Rousseau, <i>Contrato social</i>	0.75
Fray Luis de León, <i>De los nombres de Cristo</i> . 2 volúmenes rústica	1.50
Kant, <i>La paz perpetua</i>	0.50
Kant, <i>Lo bello y lo sublime</i>	0.50
Kant, <i>Fundamentación de la metafísica de las costumbres</i>	0.50
Sta. Teresa, <i>Su vida</i> 2 vol. rús.	2.25
Emilio García Gómez, <i>Poemas arábigo-andaluces</i>	4.25
Froylán Tarceios, <i>El vampiro</i> . Novela	3.50

Dirigirse al ADR. del Rep. Am.

Honrando la memoria del poeta Francisco López Merino

— De El Argentino. La Plata, R. A. —

El 22 de abril pasado, en el paseo del Bosque de La Plata, R. A., se descubrió el busto del poeta López Merino.

Dijo entonces el otro gran poeta argentino que es Rafael Alberto Arrieta:

Esta inauguración del retrato de bronce de un poeta adolescente en el paseo predilecto de la ciudad que le vió nacer y morir, es ceremonia trascendental que acaso el tiempo convierta en rito civil. La Plata carece de trofeos bélicos, de monumentos arcaicos, de tradición histórica. Surgió adulta, y lleva vividos años más cortos que la edad de muchos de sus habitantes. Capital juvenil, pero tranquila y silenciosa, como regulada por la geometría de su traza ejemplar, desconoce el delirio y el estrépito, predica la serenidad y acoge la meditación, es optimista sin vehemencia, uniforme sin monotonía, y estando tan abierta al sol y tan penetrada de cielo que parece hecha en el espacio, es, sin embargo, ligeramente melancólica, con ese matiz de melancolía que da sombra de ala a toda juventud equidistante del vértigo y de la indolencia, como suspensa entre la acción y el ensueño...

Identificado con el alma de la ciudad, Panchito López Merino dió a sus versos la luz armoniosa de las tardes placentes, el tono menor de la melodía urbana. Si habéis seguido en sus estrofas la transformación de una nube o la procesión estelar, sabed que sus ojos contemplaban largamente el crepúsculo y la noche de nuestro cielo. Si habéis aspirado las rosas líricas de su canto, fácil os sería reconocerlas en algún jardín próximo donde él mezclara el balbuceo de una fuente, a sus primeras palabras de amor. Si habéis sorprendido en sus poemas ecos deliciosamente vagos de su diálogo interior con las cosas, o lágrimas de penas familiares, o reflexiones precozmente fúnebres, recordad que era en este bosque, bajo estos árboles, recorriendo las avenidas o detenido en rincones confidenciales de su amado parque, donde acostumbraba tejer sus sueños puros, a libertar su corazón angustiado o a inclinar su frente pensativa...

Bien estará el poeta en este sitio. Lo devolvemos al bosque amigo, en efígie de bronce, para que sobreviva a los troncos. Es el primer hijo de la ciudad que recibe este homenaje. Y alcanza singular significación que sea un poeta, un poeta adolescente, en cuya breve obra se transparenta el alma de la ciudad que le vió nacer y morir, la ciudad que carece de trofeos bélicos, de monumentos arcaicos, de tradición histórica.

El poeta González Carballo habló así, en nombre de los poetas de Buenos Aires.

Manos de amor han perpetuado nuestro cariño en el bronce y hemos recobrado un poco a nuestro poeta niño de *Las Tardes*. Más de una vez, en horas de desánimo, habremos pensado en lo efímero de las obras del hombre; justo es consignar, frente a este recuerdo hecho forma, que algo puede aún nuestra existencia mortal. No basta al alma la representación íntima y fugaz cuya intensidad de-



Francisco López Merino

Por Saravi

pende del clima del instante. Horas hay en que en nuestras galerías no se advierte una forma y no es que los recuerdos nos traicionen, sino que nosotros los traicionamos a veces. Ahora tenemos el recuerdo vivo; no materia impasible. Fué sensibilizada por mano humana y hoy es, al calor del alma, como cera. Y la luz y el agua y el viento, pueden en ella lo que en el árbol.

Su origen y su realización son en mí un recuerdo conmovido y lo sería para todo el que hubiera estado en tanta pequeñez contra la que debió luchar su organizadora. Ella ha velado en todo su transcurso; en la parte material y artística ella estuvo. Podríamos aseverar que es labor de sus manos. Los hombres no sabemos congregarnos ni aún para venerar un muerto al que amamos; hace falta la voz distinta que nos una, la voz inteligente y piadosa. Así y todo, pocos responden, pero han respondido los mejores. Doy el nombre de Sara Tornú de Rojas Paz, así, en pocas líneas de admiración, para que dure en aquellos que me escuchen.

Cuando aún fresca la arcilla, Riganelli nos hizo ver el busto, nuestra emoción fué profunda. Su taller tiene una penumbra de iglesia. Francisco López Merino estaba en medio de la sala, entre sombrías imágenes. Sus rasgos estilizados habían perdido la tristeza humana. Ahora permanecía sereno frente a la posteridad. Tenía esa imponente suavidad que

da la muerte y parecía asombrado del vuelo de los mundos. Nos parecía increíble. En la muerte y en el arte todo nos parece increíble. Otra vez, juntamente con las hermanas del poeta, le vimos, ya en bronce. Luego, en la casa de Sara, le tuvimos por días y días. Nos acercábamos a cada instante. Vimos animarse su rostro con el color del cielo. En el rápido cambio de luces del atardecer había un intento de hablar y notamos en sus párpados y sobre las sienes el curso sutil de su imaginación, la que nutrió su vida de paisajes, la misma que le inquietó para morir. Alguien, en el análisis estético, pasó la mano por su frente, por su cabello y la mano tenía sin querer, un intento de caricia. Nos parecía más nuestro en la intimidad, colocado sobre el estante de libros en donde estaban sus versos. Y nos hemos familiarizado con él; ya trasponemos la dureza del bronce y encontramos el alma infantil y sombría del amigo. Aquel amigo que tenía el don preclaro de hacer resplandecer sus canciones y que transcurría por los senderos de su meditación acariciando una palabra, suavizándola en su ternura al calor de los dedos, elevándola al cielo de las tardes como esas flores sensibles a la luz, para que cobraran coloraciones y temperaturas imprevistas.

Quizás entenebrecido por el recuerdo, pero también con la experiencia de mi época, pienso en la necesidad de venerar para mantener el calor de nuestras almas. Al venerar nos congregamos como rodeando una hoguera, encendida en la sombra. Nuestras esperanzas desunidas forman un alma unánime y se logra esa unidad múltiple de los coros sagrados. Yo os pido en nombre del

verso feliz, en nombre del entusiasmo y de la primavera que os acerquéis a menudo a visitarlo, no vestidos de sombra como mi palabra, sino con el aire jovial que él llevó por la vida y con el espíritu respetuoso y profundo. Y veneradle en el sentido justo de su destino. Pensad que era poco más que adolescente y que tenía el canto puro, ese anhelo de imitar la luz, el pájaro, la flor, de querer dar en su ritmo el movimiento de las nubes y en sus palabras el arco de colores de las horas diversas. Cantaba como el niño, de cara al cielo y a veces lloraba sin saber porqué, tal vez porque tenía alegría de cantar. Y acaso marchaba por la vida creyendo hallar un sueño excepcional y, cuando comprendió que no existía, se desilusionó en tal forma que prefirió morir. En esa hora no bastó para su espíritu la claridad de sus versos. Él era la infancia del poeta. Cuando él murió nuestra tristeza fué más allá de su muerte; todos pensamos que íbamos a creer menos en la felicidad, sabíamos que le buscaríamos porque en su corazón estaban las sorpresas. Él era como los niños profundos, amigo de las palabras resplandecientes y sombrías. Él las unía en la estrofa quizás porque le recordaban los tenebrosos cirios en el oro de los altares. Y en ese juego ilustre que es el arte, él nos anticipaba su muerte.

Ahora le volvemos a tener, aquí, para siem-

(Pasa a la página 94)

Mujeres de América

María Alicia Domínguez

—De La Esfera, Madrid—



María Alicia Domínguez

Tuve una sorpresa magnífica al recibir el primer libro de esta escritora.

Entre muchos que llegan a mí, pálidamente, que desdoble y miro con un sentimiento de religiosa obligación, tantas veces inútil, aquel de María Alicia es una prenda inolvidable.

Son demasiadas las mujeres que editan versos y prosas vulgares en nuestra América racial. Con frecuencia, el prólogo de estos volúmenes ránkplones es un retrato bello, y acaso medio desnudo, de la autora; después sigue el exordio de un poeta, que le dice a la dama cuatro galanterías. Entonces ella hace su aparición, imitando fatalmente, y sin conseguirlo, a la Ibarbourou, con desplantes y llamadas de un erotismo grosero, cuyo valor se pudiera reducir al título de cierta comedia popular: *¡Aquí hace falta un hombre!*...

Precisamente cuando la mujer saludable empieza a demostrar, hasta en los países hispanos, que se basta a sí misma, dentro de la ineludible colaboración humana, ese mutuo apoyo social nada relacionado con la famosa Libido, digan lo que quieran las divulgaciones freudianas.

Esa pobre literatura de ocasión, exenta de arte y personalidad, nos acostumbra a la tristeza de muchos casos iguales. Y quizá somos una excepción en la constancia de abrir y leer cada día estos libros, privándonos de otras lecturas atrayentes y rápidas: es que rendimos un previo tributo al genio posible, en desagravio al cruel egoísmo con que la mayoría de los escritores, así se llamen críticos, rehuyen su atención al compañero desconocido y aun al afamado contrincante.

Aquí, en España, es costumbre de cada autor, en general, no prestar interés más que a su propia obra. O la del amigo compinche de quien espera un elogio público.

Y ya cuando aparece un libro, sabemos, con no poca diversión y fisga, quién ha de alabarle y cómo y dónde, o quiénes se han de hacer los desentendidos y mudos, como si la obra, por buena que sea, no se hubiese publicado.

Con este criterio tan... tan mediocre, por no llamarle otra cosa, se pierde alguna oportunidad del hallazgo feliz. Como este mío al tender las manos creyentes, sobre muchas equivocaciones, al encuentro de un poeta.

Aquí está, refrendado por dos nombres de mujer, según en nuestra América se usa: María Alicia.

Tiene cinco años de escritora confirmada, cinco libros en el regazo juvenil, y ya no necesitaría su apellido español para ser conocida entre los buenos lectores del castellano, libres de prejuicios tradicionales y de sectas literarias: los que saben, en fin, que una mujer puede ser un gran escritor.

María Alicia es suramericana: otro peligro para temer que su obra, niña y vehemente, se afiliasa a la innovación erótica de «Juana de América», sin llegar, como no ha llegado ninguna prosélita de la insigne uruguaya, a ese punto de honradez emotiva, acento candoroso del instinto, que nos recuerda la primaria conjunción amorosa de *Dafnis y Cloe*. Y que es el distintivo escolástico de la Ibarbourou, tan difícil de contener sin morbosa contaminación, y que tales estragos produce entre las escritoras modernas hispánicas.

No; María Alicia anda por su camino propio; es Ella, únicamente suya, aunque fiel a su

tiempo, a su edad y a su linaje. Domina bien el ámbito de sus aptitudes, porque tuvo la intuición de su destino, con raro acierto, y no lo defrauda; pese a la hostilidad del ambiente en que se nutre y lucha: por lo mismo que avanza sola, ajena a las rutinarias esclavitudes.

Desde su primer libro *La rueca*—versos—, fue nuestra escritora una revelación; nuestra, dos veces, aunque ha nacido y vive en la Argentina. Pero nos corresponde por la casta, el idioma y el sentimiento. Sus raíces literarias son esencialmente españolas en la pura categoría de misticismo y pasión que tan ahincada lucen aquí los grandes poetas originarios.

De esa órbita insigne le viene a María Alicia su tradición única, interna lumbré que la autora desplaza fuera de toda ley a la retórica exactitud, vivida al conjuro de todo grito espiritual.

Obediente a su histórico resorte, diríamos que la obra de María Alicia se asemeja a esa noble arquitectura del hogar andaluz que abre en el patio su corazón y lo diluye, recogidamente allí, en manaderos de agua sollozadora, albercas y cauchiles; en olores de arbustos perennes, murta y arrayán de los jardines claustrales y los huertos mediterráneos.

Así, en todas sus producciones, las poesías *Crepúsculos de oro* y *Música de siglos*, como en las prosas poemáticas *Idolos de bronce* y *El hermano ausente*, la autora se nos muestra íntima y vibrante, con más austeridad que morbidez, a estilo de la buena estirpe castellana; pero tan lejos de arcaísmos arrumbados como lo pueden estar la Luna y el Sol en el cénit. Tan distante, pues, del barroquismo de Góngora y de sus incautos mistificadores, como de la transición realista de los románticos decadentes.

María Alicia Domínguez es el poeta de

ahora, que exprime su arte en una multiplicación de la Belleza suma, bajo el acoso de formas y matices estrictos, rebosantes de contenido ideológico. Y sin olvidar los graves enigmas evocadores.

«Muerte, llave del misterio.
Dolor, espuela del canto...»

nos dice la sutil artista, entregada a su cantar doliente. Sabe que el dolor sin remordimientos guarda tesoros de futura gloria inmortal, y que si a veces nos deslumbra o nos abrasa, es siempre una egregia Luz.

Y, al través de tan subido resplandor, la poesía profunda y entrañable de esta moza primaveral, nos conduce, a menudo, a la Santa de Avila y a su compañero fray Juan de la Cruz. Como si las inclitas voces de aquellos célebres peregrinos hallasen una resonancia en la voz nueva de la criatura que hoy dice por el hermano ausente:

«Reposa. El lobo del mundo
no hará nunca presa en él.
Llora por tí, que aún caminas:
él ya no es llanto ni sed.»

Y más tarde, rezando:

«Piedad para la boca,
teñida en la pasión como en un vino rojo;
piedad para el orgullo de la frente engraida
bajo el laurel solemne y el mirto ramoroso;
piedad para los ojos regalados de luces
y para el corazón que es llama sobre el polvo.»

Esta mujercita de contornos finos, de mirada nocturna y expresión adorable, trata los asuntos del amor con la enorme delicadeza de un delirio sublime. De su espíritu, enervorizado, brotan el presentimiento y la esperanza junto al atisbo de una primera realidad, sagrativamente, con respeto y unción.

En su obra *Música de siglos* hay algunas composiciones de esta índole inefable; sobre todo, una maravillosa, desde la cual imagina convertirse en árbol, en espera del hombre elegido, y que termina así:

«...Un día has de buscarme por todos los caminos
de la tierra y del bosque, sin poderme encontrar
ni bajo álamos de oro, ni bajo oscuros pinos.
Yo me habré vuelto árbol y te veré pasar.»

Si mi recuerdo llevas como una abeja loca,
cuyo aguijón de fuego te punce el corazón,
deshilando mi nombre, todo miel en tu boca,
mis hojas, cuando pases, te darán su canción.

Pero si por la senda vas marchando al acoso
y tus ojos espejan un amor que no es mío,
se detendrá mi savia luminosa a tu paso
y encontrarás un árbol cubierto de rocío.»

Para cada gran secreto humano tiene María Alicia una actitud de observación intensa: el amor, el dolor, la muerte, el fraterno deber que nos exige un tributo social de trabajo y sacrificio:

«Yo adormecí mi inquietud larva,
cerré mi templo y fui a sembrar.
Sembrar es bueno. ¡Hasta en la onda
móvil y amarga hay que sembrar!...»

Con esta *Canción de los sembradores* nos abre el vital impulso de muchas promesas generosas: quiere lanzar la semilla de su ternura hasta el supremo *ajoli de la Eternidad*.

Y en un suelo tan clavado de huellas como el del arte literario, María Alicia Domínguez destaca su figura moza llena de interés, ávidos los grandes ojos morenos frente al ansia viva de la propia creación.

Su genio lírico no necesita ningún elemento artificial en que inspirarse; le bastan los cielos, los océanos, las selvas y los montes.

La Naturaleza le da toda la gama de sus tonos más sensibles, mientras la artista urde versos y prosas bajo el signo radiante de esa fértil juventud, que permite a la criatura más atormentada extraer de todos los sufrimientos materiales un eterno optimismo redentor. Y exclamar:

«¿Por qué decir: No he de volver a verte?
Mundo del sol, del mar y de la selva;
aunque me vaya y aunque nunca vuelva:
(No hay muerte!»

Rotunda y alegre afirmación, que por sí sola vale por todas las ilusiones efímeras de la Tierra.

C o n c h a E s p i n a

Madrid y Mayo de 1930.

Estampas

Nuestra Segunda Cámara, agencia funesta de entreguismo

(Envío del autor)

Los principios que dan rumbo a las grandes organizaciones capitalistas son los mismos, tratándose de influir en los volúmenes de los Estados Unidos —por ejemplo— como en los de cualquiera de nuestros países. Nunca los hombres que sirven a esos capitales los conciben como fuerzas vacilantes. En determinados momentos y países, pueden generalizar el sentimiento de su imposibilidad para luchar contra las exigencias, casi hostiles, de toda una nación o de las minorías previsoras. Pero en la actitud no hay más que estratagema. El capital movido por las mentes rapaces conoce todos los medios que imponen el triunfo.

Cuando en Costa Rica los turiferarios de esas organizaciones capitalistas norteamericanas estilo United Fruit Co., Electric Bond and Share, o Pan-American Airways Co., gritan a la credulidad nacional su alarma por el trato decoroso que unos espíritus libres les dan para contenerlas, sirven al dedillo los mandatos de los amos. La lucha contra el *trust* de la electricidad, enfrentó una legión de turiferarios y ésta contra la United Fruit Co. enfrenta otra con mayor número de unidades. En ambos casos se destacan inconfundibles los dedos que mueven a una distancia próxima a la penumbra, las cuerdas que guían vehemencias clamores, presagios, dicitos, elogios. Las compañías siguen los mismos procedimientos, ya sean los negocios de los Estados Unidos, ya los de Costa Rica, los que el capital que las sustenta necesite penetrar. Por eso no debemos caer en la trampa que nos tiende ahora la United Fruit Co. para adueñarse de lo poquillo que nos queda sin su vasallaje. No nos hacemos ilusiones, pero sin romper todavía la fe que nos lleva a pensar honradamente en los intereses nacionales, hablamos como si una gran esperanza despuntara.

La reflexión que predomina cuando vemos prolongarse día tras día la discusión de los intereses que la United Fruit Co. tiene erizando el ambiente del Congreso, es una reflexión negativa. La Bananera conoce el medio y no hay rumbo por donde no asome. Su táctica es desorientar toda conciencia honrada puesta a tono con la defensa de la nación. En la conducta no se separa la Bananera de lo que en los Estados Unidos se hace. Es muy importante referirlo para que las mentes del Congreso—que las hay en abundancia—limpias de la

contaminación esparcida por la Bananera, afiancen su actitud.

En los Estados Unidos se ha designado con el nombre de Tercera Cámara (*Third House*) una organización que no tiene nacimiento en ninguna ley, pero que ostenta, sin embargo, poderes que proponen y moldean legislaciones. En el estudio que Gustavo Myers hace de la original institución asegura que ella representa intereses de carácter financiero e industrial. Estos intereses la sostienen y «usa la política y maneja los políticos con el único fin de producir beneficios económicos para sus sostenedores. La Tercera Cámara es en realidad una representación de industrias que ejercen su influencia y voluntad dentro de un gobierno políticamente organizado.» Los miembros de ese poder son la legión infernal que el senador Caraway persigue en su ley. En los Estados Unidos son una fuerza tremenda, «mantienen oficinas perfectas, tienen un cuerpo de agentes de prensa, secretarios, estenógrafos y un tren de abogados.»

El estudio de Gustavo Myers está hecho con base en la reciente ley arancelaria dada por los Estados Unidos, la cual es hechura exclusiva de esos agentes, *lobbyist*, para «beneficio de esos intereses especiales que ellos representaban». De la noche a la mañana, dice Myers, los agentes lograban cambiar voluntades sin que en el prodigio entrara nunca el argumento ni la prueba desconocida. Es sumamente interesante seguir a Myers por lo que en estos momentos pueda sacarse de enseñanza para Costa Rica. Los grandes intereses que el país va a entregar al dominio satánico de la United Fruit Co. deben ser vistos a través de los casos históricos que una gran nación como los Estados Unidos ha experimentado.

Un caso extraordinario lo constituye el del senador Bingham: «C. L. Eyanson, representante con un salario de \$ 10,000 al año de la Asociación de Manufactureros de Connecticut, fué colocado por el senador Bingham en las planillas del Gobierno como empleado de la Comisión de Finanzas del Senado. Con esa representación Eyanson tuvo libre entrada a las sesiones secretas del Comité en las cuales se fijaban las tarifas. Hizo con tanta eficiencia su trabajo que el resultado fué la suma de \$ 76,000,000 como reconocimiento de aumento de impuestos». En el caso de Wirt Franklin, Presidente

de la Petroleum Producers Association of America, se vió como para lograr la tarifa de un dólar por barril de petróleo mantuvo cerca de la legislación agentes que ganaban \$ 1,200 y \$ 1,300 al día. Algún senador se mostraba renuente y Franklin acudió al medio persuasivo de «una serie de almuerzos, comidas, juegos de golf», que es más eficaz, según Franklin, que la persuasión oral.

Un procedimiento eficaz usado en este mismo caso fué el del «envío de 5,000 o más telegramas de los lugares nativos, estimulando el fervor de las congresistas en bien del propuesto precio del aceite».

Es edificante lo que en los Estados Unidos ocurre con la Tercera Cámara y nosotros debemos pensar en el suceso cuando, sin las proporciones de allá, tenemos momentos históricos iguales. La nación poderosa no se pudo librar de la humillación del caso del senador Bingham, ni del caso de Wirt Franklin. En Costa Rica, si los hombres previsoros del Congreso no siguen con tenacidad la lucha contra la United Fruit Co., tendremos también el caso infamante. Basta mirar un instante la legión de apolo-gistas que piden entregar todo lo que esa Compañía exige. Esos agentes son nuestra Segunda Cámara, nuestros *lobbyist*, que dicen el lenguaje condenatorio del senador Caraway. Contra ellos hay que emprender guerra, porque influidos como están por los intereses de la Bananera, no piensan sino en desorientar la conciencia del país, la conciencia del Congreso. Hoy loan este desprendimiento de la Bananera, mañana en su nombre ofrecen cualquier piltrafa, en todo momento afirman el poder civilizador de esa organización succionadora y esclavizante.

No puede concebirse que unos hombres coloquen los intereses de la Bananera por encima de los del país. Sólo el azogue de la paga tiene virtud para inducir al ciudadano a convertirse en sofocador de la respiración libre de su patria. La Bananera sabe que sola no triunfará nunca, porque el espíritu defensivo del país es grande. Entonces, aparentando un profundo desinterés por lo que podamos ofrecerle aparte de lo que ella nos hace la merced de ofrecernos, se repliega a su penumbra y desde allí tira de los cordeles de sus agentes. Estos agentes hacen aquí como en los Estados Unidos la misma tarea ruin. Allá la legislación higienizante los va a soplar como apestados. Y no es natural que el mal exterminado por un esfuerzo heroico, trasplante hasta nosotros su raigambre y nos ahogue. Cada ciudadano tiene el deber de vigilar porque un azote repugnante como el de esas agencias al servicio de las organizaciones capitalistas, no cobre poder entre nosotros. Comienzan a mostrarse en un negocio de trascendencia inmensa, con las mismas artes que en la nación que las extermina. Comprendámoslo así y defendamos la patria de la degradación que la amenaza. Si esas agencias trasplantadas por las compañías y organizadas por ellas y por los que las han visto funcionar en los Estados Unidos, siguen viviendo aquí, en lo futuro serán factores endiablados contra nuestra libertad. Hoy quieren re-

ducir al dominio extranjero recursos económicos, pero en un porvenir cercano intentarían el vasallaje de derechos que sólo disfrutaban los pueblos libres. Van preparando un estado de esclavitud irremediable. Los mismos procedimientos que aplican hoy para obligarnos a que contratemos con la United Fruit Co., serán aplicados cuando el suceso que precise henchir de señorío sea el de la aceptación del experto financiero, del experto sanitario, del experto en educación, que son los que siempre preceden al experto en cuestiones de gobierno, es decir, al gobernador.

La aparición de esas agencias designadas en los Estados Unidos con el nombre de Tercera Cámara, tenemos que mirarla con gran prevención. Las sirven criollos y es claro el peligro del criollo

sofocando todas las manifestaciones de vida de un país, impetuoso, irreflexivo, poseído de su papel de factor de una fuerza civilizadora. ¿Qué pedimos entonces en estos momentos en que la United Fruit Co. tiene su legión de agentes estacionados a la entrada del Congreso, dentro del Congreso, sentados con mando en las redacciones de cierta prensa, aconsejando, ofreciendo, gesticulando, augurando males o prosperidades? Pedimos austeridad para nuestros hombres previsores, virilidad ejemplar para repudiar esos agentes menguados, como única manera de que la concesión exigida por la United Fruit Co. no se convierta en uno de esos casos tan escarneados por la gente honrada de los Estados Unidos. Un puntapié a tiempo, salva la dignidad de una patria

Juan del Camino

Cartago y agosto de 1900.

De los amores de Bolívar

— De Cartas de Bolívar. 1825 - 1826 - 1827. Notas de R. Blanco Fombona. Editorial AMÉRICA. Madrid —

Lima, 1.º de junio de 1826.

Señora Manuela Garaycoa.

Mi amable amiga:

Se me han dado las expresiones de usted y de toda su familia, que tanto quiero y aprecio. Las he recibido con mucho placer y reconocimiento. A fines de este año iré a Colombia, y tendré el gusto de pasar un mes entre ustedes, en medio de ese pueblo de mi predilección, en Guayaquil en fin. Si mis grandes negocios no me lo impidieran, Guayaquil sería ciertamente la parte de Colombia en la que con mucho agrado fijaría la mayor parte de mi residencia.

Envío a Baltita un ejemplar de mi proyecto de Constitución para Bolivia, y otro de mi discurso a los Legisladores de ese Estado naciente, para que leyendo ambas cosas con su acostumbrada atención, y haciendo uso de su feliz memoria, tenga yo el gusto a mi llegada a esa, de oír de su bella boca la reproducción de mis ideas.

Póngame usted a los pies de las señoras y señoritas de esa familia querida: a mi gloriosa Carmencita, mil recuerdos tan agradables como ella; y usted, mi señora y amiga, cuente con la amistad sincera con que soy de usted atento servidor Q. B. S. P.,

Bolívar

Al señor Vicario y demás señoras mil consideraciones.

Nota de R. Blanco-Fombona

No sé lo que opinaría Baltita del envío boliviano, aunque quizá lo agradecería, no ciertamente por adecuado a ella, sino porque el recuerdo de un poderoso y de un hombre galante siempre lisonjea a las mujeres. La gloriosa Carmencita, a quien el Libertador encuentra «tan agradable», no puede quejarse de desvío u olvido. Se ha dicho con razón de Bolívar que tuvo dos musas: la mujer y la patria, entendiéndose por patria la que sirvió, la que se extiende

entre el Atlántico y el Pacífico, y desde las Californias hasta el Cabo de Hornos. Nada es más cierto. Para los que conocen la vida pública de Bolívar no vale la pena de insistir respecto de su patriotismo americano; como no vale la pena de insistir, respecto de su donjuanismo, para los que conocen su vida privada. La lista de sus amadas es larga: Teresa, Ana, Josefina, Isabel, Manolita... En Lima hizo locuras. Con el episodio de la niña del Potosí se ha creado una leyenda. Una anciana de los pagos de Salta en Argentina, era aún conocida, a promedios del siglo XIX, con el título, que la enorgullecía, de «la vieja de Bolívar.» Aquella vieja, según cuentan, había sido una Gracia. Precisamente para la fecha de esta carta que se anota, es decir, junio de 1826, debía de recibir en Lima D. Simón una carta de antigua amada suya que, desde París, le escribía en estos términos, el 6 de abril de ese año.

«Dedico esta esquila para nosotros dos... Este anillo siempre me ha acompañado, trayéndome a la memoria el recuerdo gratisimo de una amistad que usted me aseguró sólo se extinguiría con su postrer suspiro. Entonces ese sentimiento me parecía demasiado débil. ¿Recuerda usted mis lágrimas vertidas, mis súplicas, para impedirle marcharse? Su voluntad resistió a todos mis ruegos. Ya el amor de la Patria se había apoderado de todo su ser, y sólo pertenecía usted a sus semejantes por el prestigio que les ocultaba el genio que las circunstancias han aumentado.

»Su resolución de alejarse de mí me hirió profundamente. He tenido y aún tengo la confianza de creer que usted me amó sinceramente y que en sus triunfos, como en los momentos en que corría usted algún peligro, pensó usted que Fanny le dirigía sus pensamientos e invocaba con fervor al Protector celestial y a la Divina Providencia que veló sobre usted.

»Dígame por escrito de su mano que me conserva usted una amistad verdadera: es el único sentimiento que ambiciono y del cual estoy celosa, porque no tengo ya el derecho de ser exigente.

Adiós, mi caro amigo; yo lo amo a usted y creo que no es porque le he amado que le amo tanto. No sería imposible que fuese este un adiós para siempre. Dios sólo y usted pueden saberlo. Conserve usted mi retrato; él será más feliz que yo, porque al enviarle mi imagen no tengo la facultad de prestar mi alma a la fisonomía; si la tuviera tal vez olvidaría usted mis años. Adiós, mi querido primo».

En este eco de su tumultuosa vida de París, reconocía Bolívar la voz de una hermosa mujer, su parienta y su amada: Fanny de Villars.

En otra ocasión la misma Fanny le dice: «Más de doscientas cartas le he escrito sin que haya contestado sino una vez desde Guayaquil.» En otra: «La hija de Santiago, a quien estoy educando, se llama Fanny y será más que lo que yo fui en la flor de mi belleza... Le envío a usted con qué defenderse: un puñal y mi retrato por talismán.»

Fanny Dervieu du Villars, de 28 años años cuando Bolívar la conoció, casada con un hombre de 54 años, y Simón Bolívar, en la flor de sus días, bautizaron en París (1805) un niño a quien pusieron el nombre del Libertador. Ese niño fué conocido con el nombre de Simón Briffard. Fanny lo hizo educar. Simón Briffard adquirió la profesión de grabador en acero. El 14 de mayo de 1826, Fanny le escribe al Libertador, interesándolo por Simón:

«No tengo para qué recomendarlo a usted. Si quiere tenerlo a su lado, a título de hombre de toda su confianza, nadie lo superará en lo probo y bondadoso. Si esto no le conviene a usted, será suficiente su protección para el establecimiento de un arte útil en ese país.»

Estos amores de Bolívar los ha recordado un poeta (1):

Don Juan en Santa Marta

Al salir del Perú, ya consumada
la obra de su genio y de su espada
en la América austral,
Bolívar, desde Francia, recibía
una carta de amor y poesía
de Fanny du Villars.

Aquella ardiente carta en su memoria
removía cenizas de una historia
de veinte años atrás.

Y mundano, volubte y libertino,
París se interponía en su camino
de Lima a Bogotá.

Fanny le confesaba: «... Todavía
el recuerdo penoso de aquel día
me persigue tenaz;
vos secabais el llanto en mi semblante,
mientras yo, enloquecida y suplicante,
no os dejaba marchar.

No quiero resignarme al desengaño
y en prueba de mi afecto os acompaño
mi efígie y un puñal;
tales prendas serán en vuestra vida,
el arma, la defensa requerida,
mi efígie, un talismán...»

(1) El poeta venezolano ANDRÉS MATA. (N. del E. del Rep. Am.)

¿Habló a su corazón tanta vehemencia?
No era fácil sondear en la conciencia
del caudillo inmortal.
Tras la heroica virtud de su pujanza,
se confundían en estrecha alianza
Aquiles y Don Juan.

Placía a sus pasiones voluptuosas,
olvidar los laureles por las rosas,
la gloria por el vals;
y pronto a la embriaguez de las caricias,
entre hermosuras al placer propicias
plantaba su vivac.

De Lima a Quito, Bogotá y Pamplona,
hasta el valle que el Avila corona,
fué una marcha triunfal.
Palpitantes de amor los corazones,
se pusieron en pie cuatro naciones
para verle pasar.

Pocos años después, en Santa Marta,
ya próximo a morir, aquella carta
recordó, frente al mar;
clavó la vista en el confín arcano,
vio por última vez el oceano,
y rompió a sollozar...

De la novela *Voluntad y Redención* de
nuestra amiga Julieta Puente, nos llegan al-
gunas impresiones sinceras y estimables.
Helas aquí:

Señora doña Julieta Puente.

Mi eminente amiga:

Recibo su novela *Voluntad y Redención*,
tan interesante y reveladora del talento y de
la generosa inspiración de Ud. Me encanta
sobre todo, la resolución y la soltura con que
Ud. esboza los paisajes y afronta los proble-
mas nuestros. Hay, además, mucha sinceridad,
mucha emoción en esas páginas. Gracias por
el envío del libro y gracias por la dedicatoria.
Le felicita efusivamente su muy afmo.

Manuel Ugarte

4 Julio, 1930.

México 24 de Febrero de 1930.

Señora Julieta Puente.

Muy estimada señora:

Hace una semana que recibí su obra *Vo-
luntad y Redención* la he leído cuidadosa-
mente, con la devoción que produce en mí
todo aquello que lleva al papel una mano
que obedece a una cabeza que piensa.

Yo no podría decir si su obra es una nove-
la, la narración de hechos absolutamente
reales, o bien, un ensayo de sociología con un
título y cierto giro desconcertantes.

Comencé a leer creyendo en una novela
pero bien pronto me encontré con que Colom-
bino, el protagonista, no es, en resumen, sino
un pretexto. La verdadera preocupación de
la trama está en los problemas sociales de la
América Hispana. Invariablemente Colombino
es arrastrado a un escenario, a un laboratorio
de nuestras guerras civiles, de nuestra agita-
ciones obreras o de nuestros problemas socia-
les, familiares o individuales. Todos los
problemas son vistos completamente y ataca-
dos con valor.

En las aptitudes de novelista hay suavidad,
cierta elegancia innata que hace que todo
acabe bien. En el caso de Flor, no hubo tra-
gedia, sólo emociones fuertes y un gallardo
desafío a las costumbres en uso. En el caso
del tipógrafo, compañero de trabajo, un fino
y discreto convencido de la doctrina socialista
y un hombre equilibrado que resulta maestro
de ideales. En la expatriación una bella mu-
jer que acoge con dulzura y da alegría a
los que prueban el pan del destierro. En la
huída de la derrota, un hacendado de casta
de Hidalgos y un Cura que oculta su rebeldía
en un pueblo y que gusta el extraño goce de
consagrarse a una cosa y hacer confidencias
que minan su propio ministerio.

Los conceptos están caldeados por una mar-
cada inclinación hacia determinadas doctri-
nas sociales y esto es lo que me hace
aplaudir la forma de relato novelesco que le
dió Ud. a la exposición amplia de diversos
problemas que existen en estas tierras nuestras.

Desde que Ud. escribió su obra han trans-
currido diez años. Seguramente la madurez
habrá dádonos en Ud. una joya de gran valor
en el campo social y quizá tengamos en
Ud. una guía que arroje luz sobre muchos
que van sin rumbo, impulsados por una racha
de idealismo impreciso.

Mi agradecimiento por el envío de su obra
y con admiración soy de Ud. muy afectuosa,
atenta y segura servidora,

Elena Torres.

Querida Julieta Puente:

Su libro es cosa para comentar en muchas
páginas. Me duele no tener tiempo de hacerlo.
Me lo he leído lentamente y procurando en-
tender su alma aun echando atrás la mía.
Porque a mí me gusta entender y querer al
prójimo, mucho más si él es una mujer llena
de talento como Ud.

Algún día nos encontraremos en alguna
parte y conversaremos de su libro, que me
ha revivido muchas emociones antiguas. Ud.
es lo que su compañera fue hace 18 años, la
leo un poco autobiográficamente. Aun hay en
mí un tercio de mi juventud y de mi credo
de ella; mas tal vez...

Hasta entonces y acepte mi buena amistad,

Gabriela Mistral

Italia, II Sta. Margari-
ta, Casella 53, Liguria.

La novela *Voluntad y Redención* la ha
llado Ud. en librerías, al precio de \$ 1.50

Bibliografía titular

(Registro, extractos y referencias de los libros y folletos
que se reciben de los autores y de las casas editoras)

Del autor, el Licdo. en Derecho y Ciencias
Sociales don Felipe Botello, nos llega esta
obra:

Principios de Instrucción Cívica. Arreglado
conforme a los nuevos Programas de Ense-
ñanza para los Sextos Grados de la República.
Panamá, 1930.

La INTERNACIONAL SINDICAL ROJA francesa
(33, rue de la Grange-aux-Belles, París (10e.))
saca en español una PEQUEÑA BIBLIOTECA.
Con el número XXVII aparece este folleto:

A. Losovski: *¿Adónde vamos?* Las lecciones
y perspectivas de las luchas económicas. (In-
forme presentado por el compañero Losovski
a la VI Sesión del Consejo Central de la I.
S. R. el 16 de diciembre de 1929), y Discurso
de Clausura, 1930. Precio: 20 centavos oro
am.

Homenaje del autor:

Porfirio Soares Netto: *Ensaio de Política
Nacional*. Río de Janeiro, 1930.

Dos, palabras del autor:

O nosso objectivo, publicando estes Ensaio,
foi, não só, lançar umas quantas idéas so-
bre política nacional, como principalmente
combater, com o maximo ardôr, alguns pre-
conceitos de ordem economica, racial, clima-
tologica e moral, ao nosso vêr, erroneos,
além de perniciosos.

La Editorial ESPAÑA, Madrid (Concepción
Arenal, 6) ha sacado en estos días:

H. R. Berndorf: *Espionaje*.

Un libro que tiene el interés de una pelícu-
la de aventuras dinámica y apasionante.

Desfilan por estas páginas, mostrando al
lector sorprendido toda su habilidad y auda-
cia, los espías más famosos de Europa.

Este libro descubre el velo de misterio que
envolvía hasta ahora al imponente alud de
espionaje desencadenado en la Europa belico-
sa del año 1914.

Las vidas emocionantes de la danzarina
Mata Hari y de miss Cavell, nos ofrecen en
esta obra la nota emotiva y sentimental.

Se trata, desde luego, de un libro indispen-
sable para conocer a fondo, con detalles pre-
cisos y concretos, este problema apasionante
del espionaje.

Es el Dr. Diego Mendoza, uno de los publi-
cistas más acreditados de Colombia. De él
hemos recibido esta obra medular:

El canal interoceanico. Bogotá, 1930.

De la serie ASTILLAS DE MI TALLER. I.

Ha llegado la segunda edición de la novela
El vampiro, de Froylán Turcios. Editorial LE
LIVRE LIBRE París. MCMXXX. Precio: \$ 3.50

Claridad, tribuna izquierdista (Arte, Crí-
tica y Letras), de Buenos Aires, dedica su edi-
ción de mayo 10 de 1930 a honrar la memo-
ria de José Carlos Mariátegui.

Colaboran, con otros: Abraham Valdez, Ma-
nuel A. Seoane, Luis E. Heysen y Salomón
Wapnir.

Una revista nueva:

Índice. Órgano del grupo INDICE. Santiago
de Chile. Mensuario de cultura actual, infor-
mación crítica y bibliografía.

Hemos recibido los tres primeros números.
En buenas manos está *Índice*: las de Raul
Silva Castro y Mariano Picón-Salas, para citar
dos de sus Directores. Muy bien. Adelante!

Cónsul de Honduras en Buenos Aires es
nuestro amigo, y buen escritor, Arturo Mejía
Nieto. Ahora está honrando y sirviendo a su
país con una Revista mensual y órgano del
Consulado. Titúlase, y el título ya es un loa-
ble programa: *Honduras Económica y Cultu-
ral*. Muy bien nos parece el N.º 1 del año I,
que nos llega.

Del cercado propio:

Eladio Prado: *Un matrimonio anulado en
1854*. Imp. y Librería Lehmann. San José,
Costa Rica, 1930.

Emmanuel Thompson: *Cuentos medioevales*,
Prólogo de Guillermo Loría. Tip. San José,
1930.

En el prólogo se cuentan cosas interesantes
de Thompson.

Nos interesa también Rosa Quirós y Palma,
escritora. Sus cuentos?...

Ya nos sentimos movidos a leer los *Cuentos
medioevales* de Thompson. Estos son: El Ani-
llo de Monrouse. La princesa blanca. Gual-
terio. La bruja. La négrita.

Un *Special Bulletin* de la INTERNATIONAL
CONCILIATION de Nueva York. (June, 1930):

*Memorandum on the organization of a regime
of European Federal Union*. Addressed to
Twenty-six governments of Europe, by M.
Briand, Foreign Minister of France, May 17,
1930.

Repasamos *Kierkegaard* de Harald Höfding,
serie *Los Filósofos*, ediciones de la *Revista de
Occidente*. Madrid, 1930.

En la página 42 señalamos:

Paul Moller inició y guió a Kierkegaard en
el estudio de los griegos, que tan fecundo
había de serle.

Kierkegaard desarrolla esta relación entre
el punto de vista psicológico y ético en su
genial libro *El concepto de la angustia*.—
Harald Höfding.

Aves de tempestad

—De Cromos, Bogotá—

Las tropas más entusiastas, más decididas y más abnegadas de la revolución rusa, han sido compuestas por los estudiantes de ambos sexos que hacia los comienzos de este siglo seguían con pasión los cursos de las universidades europeas.

De los 150 millones de rusos, sólo 8000,000 son miembros activos del partido bolshévique, y únicamente dos millones se han beneficiado de una manera visible de las transformaciones operadas en ese país por la revolución. Así, por lo menos, se lee en un número reciente de la Grande Revue.

El brazo ejecutor de esa obra inmensa de demolición ha sido movido por los estudiosos e intelectuales del corte de éstos que el azar y las circunstancias colocaron en mi camino de estudiante, y cuyos rasgos fijé en aquella ya lejana época de mi despreocupada mocedad.—
A. A.

Paris, septiembre 27 de 1907.

Gil Blas de esta mañana publica algunas estadísticas de las víctimas sacrificadas en Rusia desde el mes de febrero de 1905 hasta el pasado mes de junio y el cuadro resulta impresionante. Hago aquí un resumen:

Muertos en las calles.....	19.144
Ejecutados y linchados.....	2.381
Suicidas por desesperación.....	1.350
Heridos en choques con la policía.....	20.704
Diversos.....	441

Segunda estadística:

Muertos en colisión con el ejército y la policía.....	12.953
Muertos en las revueltas antisemitas.....	7.969
Muertos en las antiarménicas.....	4.540
En los ataques contra los antijudíos.....	2.193
Con la ley Lynch.....	412
En las revueltas agrarias.....	553
En las revueltas con obreros.....	298

Agrega *Gil Blas*, al concluir:

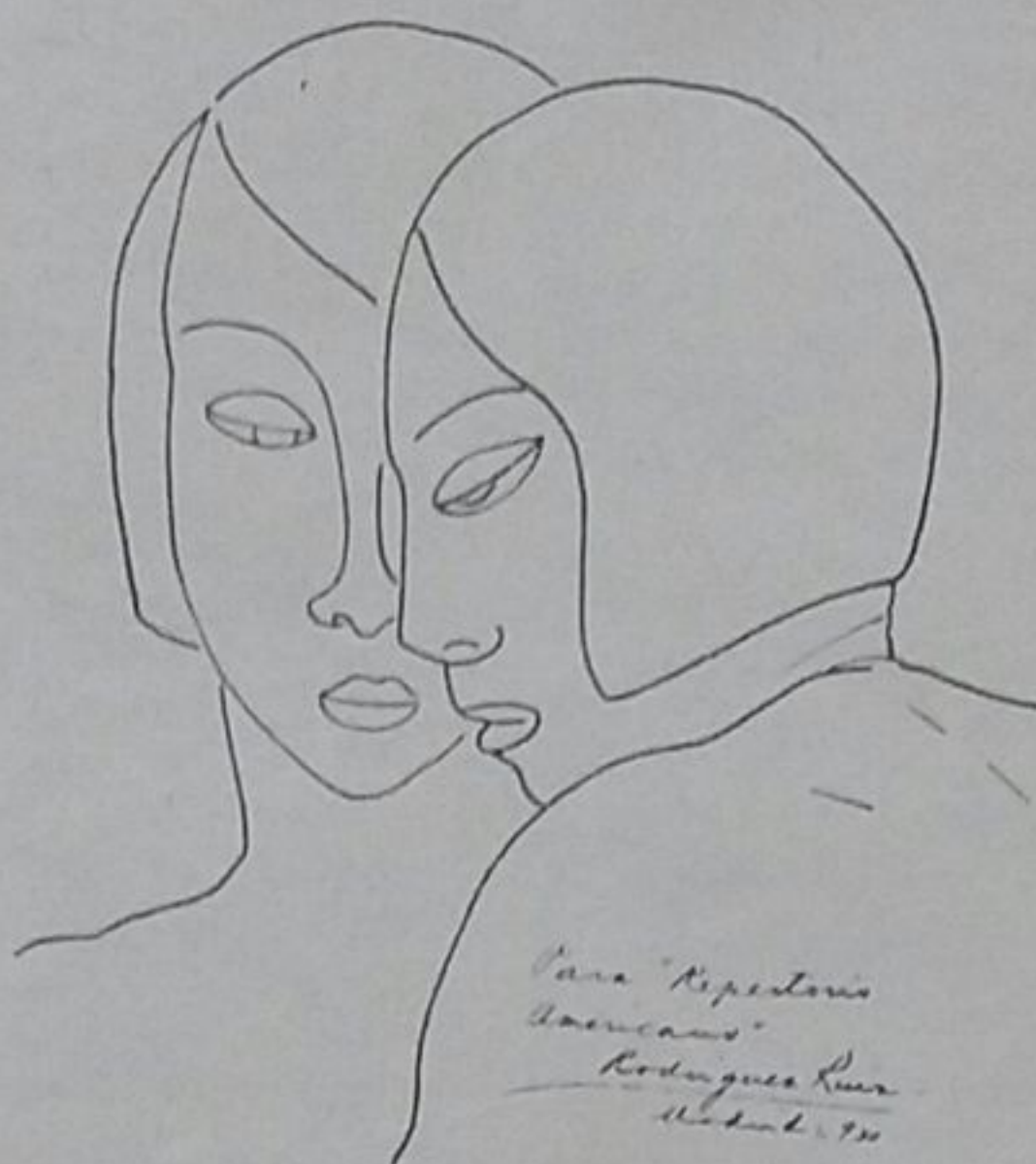
«He aquí el total de las víctimas confesadas por la administración rusa. Se deducirá, naturalmente, que deben de ser dobles las verdaderas cifras»...

Claro; la deducción es lógica, pues los documentos y estadísticas oficiales de cierta clase de hechos y en países esclavizados o empobrecidos, nunca son la expresión genuina de la buena y humilde verdad.

Tenemos, pues, 44,020 víctimas en dos años, o sean, poco más o menos, sesenta por día. Sesenta personas que rinden la vida para que otros tengan el derecho de gozar de su libertad...

Los cuadros transcritos nos señalan la calidad de las víctimas; pero eso ya se sabe, o, por lo menos, se supone. Son intelectuales, seres conscientes, libres por el pensamiento, soñadores, enamorados de un alto ideal de justicia y ventura universales, abnegados y algo ingenuos, muy ingenuos más bien, porque creen en la dignidad humana y se sacrifican por ella...

Yo he conocido a varios de estos seres y en todos he descubierto las mismas ideas, iguales pasiones y un idéntico modo de ser. Los he tratado de cerca; he vivido, si así puedo decir, su vida, y los conozco. Ultimamente, hace poco, los he perdido de vista; pero guardo en mi poder, como gaje de amistad o prenda de



Dibujo de Paco Rodríguez Ruiz

buen compañerismo, sus cartas y sus postales.

Mis amigos eran tres mujeres y se mostraban demasiado razonadoras, susceptibles y altivas; pero leales, francas y afectuosas. A veces su franqueza rayaba en grosería y me desconcertaba hasta el punto de sentirme totalmente distinto a ellas, como formado de diferente arcilla...

Llamábase la una Olga Olkowa y estudiaba medicina con decisión e interés. Mañana y tarde se la veía en la escuela, y, algunas noches se iba con sus camaradas a escuchar en plazas y parques los conciertos públicos o las conferencias de los oradores revolucionarios en la Universidad Popular del *Faubourg Saint Antoine*. A veces, por excepción y para festejar un buen examen o algún otro grato y memorable acontecimiento, se daba el lujo de gastarse un franco en cualquier teatro serio, y buscaba siempre las piezas graves y tendenciosas: Shakespeare, Ibsen, Maeterlink, o algo parecido; pero, por lo general, no se movía de su casa.

Era la más bonita y acaso la más joven (18 años) de mis amigas. De regular estatura, delgada, fina y morena, tenía la carita redonda y pálida, pelo castaño, ojos oscuros y muy dulces, nariz algo corta y bien formada, labios delgados y descoloridos. Su encogimiento y timidez servían para esconder una sensibilidad aguda y atormentada. Con los ojos bajos, serio y pálido el rostro, la sonrisa triste y lejana, escuchaba siempre con aire serio y concentrado y meditativo nuestras discusiones en las que casi nunca tomaba parte, y, si lo hacía, era con voz reposada y dulce que parecía salir acariciadora y apaciguadora de sus labios sonrientes y algo marchitos.

Las veces que yo iba a buscarla, una noche por semana o cada 15 días, lo menos, invariablemente la encontraba sobre sus libros, al resplandor de la lámpara, rodeada de toda clase de despojos humanos. Una vaga inclinación hacia el romanticismo trágico le hacía colocar una calavera sobre su mesa de noche, una rótula al lado del libro abierto, una mandíbula desdentada y hueca junto a un pobre ramillete de flores baratas. Grandes ojeras rodeaban sus magníficos ojos pardos y vestía con más elegancia que sus compañeras porque la pensión de su casa subía a 150 francos por

mes y era una suma elevada en comparación a la de sus compañeras y amigas. Sus vestidos eran siempre de color oscuro y corte severo y daban a su silueta una suprema elegancia. Gustábale hablar generalmente de disecciones y enfermedades mentales, y, a veces, me era preciso rogarle cambiara de conversación porque sus descripciones me resultaban demasiado vivas y me parecía descubrir en ella el secreto deseo de sobreexcitar mi sensibilidad casi enfermiza que no soporta ni la vista del dolor ni de lacerías...

Era más sesuda María Weber, acaso por tener o representar mayor edad, (25 años). Alta, fuerte, rubia, de ojos azules, era una moza bien plantada y en esto sólo estribaban todos sus atractivos; pero, por sus condiciones morales, habría podido servir de modelo a Reynolds para pintar un tipo de carácter femenino. Más razonadora que las otras y más disciplina, era de temperamento sólido y tenía una ilustración vasta y profunda. Siempre seria, callada y mustia, era la ama de casa y parecía ejercer un fuerte dominio sobre sus amigas.

La Weber, como la Olkowa, seguían los cursos de medicina aunque dedicando preferente atención a las cuestiones sociales. Sentíase atraída por el movimiento sindicalista y patronal y era en ella vehemente aspiración conquistar un título universitario para ir a difundir entre los suyos ideas de revuelta y subversión. La mayor parte de sus camaradas estaban afiliados a sociedades secretas o a bandas de terroristas. Hacía lejanas excursiones con ellos a pie y se iban a Suiza, los Pirineos o a cualquier otro lugar pintoresco pero agreste y solitaria porque se les hacía insostenible la sociedad de gentes ricas y elegantes.

Pero la más original era Lya Zaitchitz.

Dos años había seguido los cursos de las facultades de derecho y medicina sin decidirse por perseverar en ninguna. Espíritu inquieto, alma intranquila, saltaba de unos estudios a otros con perfecta naturalidad. Se había leído muchos volúmenes de filosofía y entresacado de todos alguna esencia, pero sin llegar al fondo. Se apasionaba por Ibsen y pretendía llegar a la mentalidad de Nora. Como la heroína escandinava, quería, por su propia observación, llegar a crearse una moral y, por lo mismo, una regla de conducta; pero respetando escrupulosamente el santo principio de su individualidad. De ahí, según propias confidencias, su indecisión para elegir una carrera profesional. Alguna vez en mi presencia, le reprochó su camarada Olkowa el que aún no supiera decidirse por ninguna profesión; y ella, severa y digna, le contestó que antes le era preciso descubrir su personalidad y orientar su espíritu, conocer sus inclinaciones profundas. De Schopenhauer había tenido el principio general de que la suma de dolores no estaba en equivalencia con la de placeres; de Nietzsche, que era preciso mejorar la especie humana y crear el superhombre; de Guyau, que el arte debía ser un principio eminente de expansión social... Y sus ideas eran algo confusas; pero firme y claramente definido su ideal: creía ciegamente y sin réplica posible que todos tenían derecho a la dicha, o sea a la perfección del ser y a su plenitud y que ese derecho había que conquistarlo a costa de cualquier sacrificio. En esto no transigía con nadie, ni aceptaba réplica alguna aunque fuera para aclarar su concepto de la dicha, porque para ella era ese un precepto incontrovertible y eterno, más eterno que

la gravedad solar. La sola solución que encontraba en la resistencia a su postulado era el derecho de la protesta y el empleo consciente y metódico de la fuerza...

Físicamente era fea la Zaitchitz, y, no obstante su poca edad, 20 años, ni aún tenía el atractivo de la juventud. Delgada, menuda, pecosa, sus ojos eran grises, menudos, vivarachos y de mirada fría y cruel y tenía nariz afilada de vieja agorera, labios delgados y móviles, afilado mentón, frente estrecha. Lo sólo adorable en ella era su cabellera, una soberbia peluca roja con llamaradas de oro y de fuego, según la hora. Era, en cambio, y por contraste, la más femenina del grupo y se le notaban fuertes impulsos de maternidad y un deseo angustioso y patético de conocer el amor aunque luego hubiera de saborear sus desencantos. Y quiso ensayar sus armas de mujer en mi amigo L. M., hoy profesor de una universidad de la Argentina; pero a sus demostraciones de afecto respondía el otro mostrando una hurañez hosca y hasta agresiva acaso por sentirse humillado de verse preferido por una mujer tan fea...

Sin embargo esta fealdad no era herencia de familia, ni mucho menos.

—He de pedirle un favor—me dijo una vez.—Tengo una hermanita que ha de llegar en estos días y la manda mi padre para que conozca un poco de mundo antes de casarse. Pero como yo estoy preparando mi examen, no tendría tiempo de hacerle conocer París y le ruego que usted me la haga pasear un poco... si no le molesta,—agregó al ver pintada en mi rostro la contrariedad.

Tres o cuatro días después recibí un billete en que Lya me anunciaba la llegada de la dichosa hermanita y me pedía fuese a verlas después del almuerzo...

Me presenté hosco y malhumorado; pero al abrirse la puerta apareció una flor en el umbral...

—¿Que le parece mi hermanita Macha?...—y los ojillos grises de sapo de Lya reían, reían...

Yo quedé turbado y mudo, porque nunca hasta entonces había visto un rostro tan lindo de virgen como en las fantasías de Greuze.

También era abundante y roja la cabellera de Macha, y en su bellissimo rostro de sonrosada blancura los labios rojos y los ojos oscuros ponían dos notas vivas de color y armonía.

Y Lya, sonriendo ahora con los labios al ver mi embohamiento, me recomendó:

—No me la haga andar mucho porque ha llegado anoche y está cansadita. Tampoco le, hable porque no entiende otro idioma que el ruso...

Yo creo que pocos hombres habrán conocido esta singular aventura de recorrer las mejores calles de París acompañado con beneplácito de los suyos a una mujer muda y de belleza incomparable. Nuestro lenguaje era, forzosamente, el de los gestos y las sonrisas y no debíamos usarlo a menudo para no despertar la hilaridad de los paseantes... Nos entendíamos sin embargo porque Macha tenía docilidad de niña huérfana y bastaba una mirada, una seña para que ella fijase la atención en la perspectiva de una calle, en un monumento o en una obra de arte. Entonces, para darme a comprender que deseaba quedarse un momento más, me cogía del brazo y no lo soltaba sino cuando había grabado el espectáculo en su memoria...

En el segundo día sus manos también permanecieron mudas porque con la hermana había compuesto un corto vocabulario de frases hechas: «Gracias... Muy bonito... Le ruego detenerse... Estoy contenta... Estoy cansada... Quiero volver a casa... Tengo sed...»

Esta última frase estaba borrada y nunca me la mostró; pero yo se la enseñaba de continuo y haciendo señas de encontrarme rendido por el cansancio y la sed. Y entonces nos deteníamos en las terrazas de los cafés más concurridos por extranjeros porque se había apoderado de mí esa vanidad del hombre que gusta hacerse ver acompañado de una mujer bella; pero anduve desgraciado porque ninguno de mis amigos me vio y...

Pero esto es ya otra historia y no hay para qué referirla ahora.

Vivían pues juntas mis tres amigas y prestándose mutuo apoyo. Habían alquilado dos piezas y una cocina en una calleja tranquila del Jardín de Plantas. Una de las piezas les servía de sala de recibo, y la otra, la más grande, de alcoba, y en la cocina trabajaban las tres, por turno. Su pensión era modesta, pues ninguna tenía más de cien francos mensuales, excepto la Olkova y todos sus fondos reunidos no alcanzaban a 250, porque separaban invariablemente una buena parte de su peculio para socorrer a sus paisanos hambrientos y miserables.

Este espíritu de solidaridad en el infortunio daba apariencia de heroísmo a su conducta porque ninguna conocía tampoco los dones alegres de la vida, pues habían despertado desde muy temprano a la reflexión y empapado su alma en el espectáculo desolador de su país abatido y esclavizado...

Y mis amigas eran, mentalmente, como los otros y profesaban las ideas más radicales en materia política, y no concebían siquiera que ciertos principios pudieran ser objeto de discusión. Su criterio era de un simplismo desconcertante en política: había miserables y potentados, hartos y hambrientos, déspotas y esclavos y eso no podía, no debía de ser. Esta era su lógica clara, neta, precisa, incontrovertible. No conocían acaso el romanticismo sentimental y estaban libres de la dominación de fuerzas creadoras; pero estaban impregnadas del romanticismo político y de falsos mirajes de la revolución. Y se apasionaban por todas esas ideas que pretenden nivelar toda suerte de desigualdades, se prenden a ellas con fervor y grande espíritu de sacrificio...

Y privados de afecciones, lejos de su hogar, proscritos voluntariamente—y es a veces la más dolorosa de las proscipciones,—ponían en su ideal todas las potencias y energías de su al-

ma sacudida por rudas tormentas, más de carácter ideológico que sentimental, y se convierten en místicos exaltados y hasta se las dan de videntes para la anunciación de un mundo mejor, lleno de justicia y de equidad...

Naturalmente sus compañeros participan de las mismas convicciones acaso con un poco menos de fervor, y son ellos quienes llenan las bibliotecas y salas de las universidades:

«Encuentran un asilo—dice Brisson, el crítico teatral de *Le Temps*, refiriéndose a las mujeres—en las pensiones modestas que, a cambio de 50 francos mensuales, les procuran viviendas y alimentos... Son encarnizadas trabajadoras. No frecuentan los cursos de vano entretenimiento, sino que buscan de preferencia las lecciones de economía política y de sociología. La sociología sobre todo, esta ciencia de premisas tan vagas, de conclusiones tan inciertas, excita en ellas un entusiasmo profundo, reflexivo, casi religioso. Tarde, Espina, Gustavo Le Bon, estos nombres que muchos franceses ignoran, les son familiares y también las obras de Spenser y Karl Marx...»

Cierto; son así.

Pálidos, huraños y tristes, sólo piensan en trabajar. No conocen las tabernas donde los estudiantes cosmopolitas esterilizan su espíritu en brazos de pobres vendedoras de caricias. Ignoran el lujo triste de arrancar un beso a labios marchitos. Hoscos e intratables, refugian su alma en el ensueño de una humanidad limpia y dichosa. Pasan por miserias espantosas entretanto, pero sin confesarlas: pareceles mezquino herir su vulnerable delicadeza pidiendo recursos para alimentar la pobre máquina humana y lo animal de ella. Cuando ya no pueden más y se sienten de veras agotados, entonces se matan, o arrojan una bomba, o clavan un puñal en el corazón de un funcionario público de su país; pero raras veces roban. Llegan al robo los trabajadores manuales, los obreros; pero jamás los estudiantes. Y escuálidos, melencólicos, astrosos, miserables, se les ve recorrer de noche por el bulevar San Miguel, pero altivos, fieros. Causan impresión de temor y desconfianza cuando se les ve de lejos; pero es preciso hablarles y cultivar su trato, cuando dejan abordarse, para saber que son serios, honrados, castos, trabajadores, tímidos, inteligentes...

Mis tres amigas se han ido como aves viajeras. ¿Dónde están? ¿Qué viento de tormenta levanta su rastra? ¿Quién sabe!...

A. Arguedas

Honrando la memoria del poeta...

(Viene de la página 88)

pre, nutriéndose de nubes y paisajes. Y nosotros vendremos.

En nombre de los amigos de López Merino, el Dr. Tomás M. Rojas dijo lo siguiente:

Hace tiempo, aquí, en este mismo sitio, mis pupilas de adolescente sintieron alguna vez la caricia suave de la contemplación de una Venus de Médicis, cuya presencia, serena y armoniosa, ponía en este rincón un indecible encanto propicio al ensueño y la melancolía.

Bella tradición estética para un paisaje, cuya misma luz y cuyas mismas fragancias, van ahora a nimbar la cabeza de un poeta

llevada al bronce por la mano de un artista. Será, por lo demás, un paisaje grato al dulce corazón del poeta, que reclamó, en la generosidad de sus versos, domingos llenos de sol para los niños, y sendas doradas para los vagabundos del amor y la belleza.

No sé por qué raro designio, ronda bajo el cielo de la ciudad nueva el misterio de un silencio antiguo, a cuyo influjo, hemos visto florecer las almas líricas de sus poetas, gustar la música de sus primeros cantos, y llorar su retorno presuroso.

Nada más auténticamente propio tendrá la ciudad, huérfana de historia, de tradición, y de leyendas, que ese bronce y ese granito, levantados en la quietud de la fronda. Marca

este instante un jalón en la vida de un ambiente dado a la cultura, que vió apagar sus luces más puras, apenas dado su primer destello. Por eso, un acto como éste, tan desinteresado y de tanta significación espiritual, ennoblece a todos los que han contribuido a su realización.

Yo traigo a esta sencilla ceremonia, la emoción de los jóvenes que hace poco tiempo gustamos de la amistad tierna y cordial de Francisco López Merino. Un volo de nostalgia suaviza el recuerdo de las horas transcurridas al calor de su cariño, cuando juntos, nos reveló la íntima belleza de las cosas humildes, o el sentido poético que sus pupilas de niño y su lírica sensibilidad, advertían en motivos tan sutiles como la fragancia de las alhucemas, o de tanta ternura como su dolor de hermano triste.

Conmigo está presente la emoción de todos los que tantas tardes celebramos junto a él aquellos instantes de alegría fugaz y de risa dislocada, con los que disfrazaba vanamente la recóndita tristeza que llevaba dentro, mientras andábamos al acaso bajo la sombra sedante de los tilos.

Pienso con sus amigos, y como hubiera querido su clara inteligencia, que por sobre la representación personal que pudiera tener esta obra de arte, perdurará con ella, a través del tiempo, el símbolo de las vidas puras a quienes no rozó siquiera la sombra del egoísmo o la vanidad.

Así entonces, para nosotros, los que admiramos en los poetas caídos la culminación luminosa de sus inteligencias dadas a la belleza y la espiritualidad, veremos en este bronce, donde otro artista ha modelado la cabeza del más infantil de todos, el símil de aquella otra figura que presidía los coloquios de Próspero con sus jóvenes amigos, y en la que Rodó había materializado la figura de Ariel, genio del aire.

Y si en algún atardecer, el rumbo incierto nos trae a este rincón, detengamos el paso frente a la columna, seguros de que, al conjuro de su espíritu, purificaremos el alma meditando sobre la belleza, hasta que las estrellas, duplicando su luz sobre el estanque dormido, nos denuncien la presencia de la noche.

La voz del amigo

Mi querido don Joaquín:

En el *Repertorio* del 2 de agosto en curso publica Ud. una carta del escritor mexicano que en días pasados, cuando andaba por aquí el señor Vasconcelos, lo aludió desde Pamplona. Razones de vanidad o de conciencia han debido impulsar a ese arrogante escritor a la epístola. No me importa saber qué móviles lo movieron. Sí creo de justicia decir a Ud. que el artículo de ese escritor que estimuló mi indignación contiene durezas y vulgaridades contra Ud. y el *Repertorio*. Abriéndose no más, dice lo siguiente: «¿Va el *Repertorio Americano* a perder sus proverbiales virtudes y a ponerse de parte de la más abominable de las causas que ha conocido nuestra América? No lo disculparía ni la falta de información, ni las confusiones o equívocos entre el civismo falso y el verdadero, ni la inconsciente complacencia con la propaganda cínica que hacen los actuales detentadores del poder público en México». Pero ese escritor pretende hacerle sentir a Ud., después de haber prohijado el *Repertorio* mi nota de protesta contra tal osadía, que nada que pudiera tomarse como cargos contra Ud. quiso decir en el artículo publicado en *Cultura*. Está bien que un sentimiento de respeto lo lleve a contradecirse. Envenenó la saliva que le arrojó. Hoy la recoge tal y como su injusticia la escupió. Y la verdad es que Ud. y *Repertorio* han ascendido a una altura a la cual el insulto no llega. Su labor está a salvo del desprestigio, aun cuando quien pretenda hacerlo se crea ya sumido en todas las glorias del escritor ilustre.

Nosotros, que lo vemos trabajar desde hace tantísimos años, podemos dar fe de la probidad que anima su vida. Los escritores de América que se sirven de *Repertorio* para hacerse oír, pueden afirmar cuánta es la elevación de la tribuna alzada por Ud. a fuerza de sacrificios y de dolores.

Si mi nota despertó la vanidad o la conciencia de quien juzgó que podía hacer resonar el insulto contra Ud., crea, mi querido don Joaquín, que considero esa nota digna de la atención que *Repertorio* le dispensó al reproducirla.

Lo saluda su amigo de siempre,

Octavio Jiménez

Agosto 5 de 1930.

Tablero =1930=

Sigamos con el homenaje a Blasco Ibáñez en Menton, Francia. Tratan por allá de alzarle un monumento al insigne novelista español en una plaza pública de Menton, en donde vivió años de destierro, en donde luchó y murió Blasco Ibáñez como sincero republicano español. Hay la suscripción pública del caso. Nos piden la contribución. No debe negarla Costa Rica; aquí hay, y los ha habido, lectores y admiradores entusiastas de Blasco Ibáñez. Querrían dar algo? Sin comités ni ceremonias, con unos reales podríamos ayudar. Nos encargamos de recogerlos y remitirlos oportunamente.

El Rep. Am. se adhiere con \$ 10.00
Fernando Goicoechea 10.00
Otra adhesión española o costarricense? ??

Luto

Ido ya de este mundo, es natural que los recuerdos florezcan. Yo también voy a referirme a don Manuel M^a. de Peralta, de quien fui amigo a distancia, como de tantos otros hombres de estudio lo soy. Simpatías, las tuyas, nacidas al calor de su benevolencia, no hay duda. Me cuentan que cultivaba la benevolencia con cierta exquisitez. De ello tengo pruebas. Hay cartas tuyas para mí, de aprecio, hasta de queja; suele uno ser a veces descuidado en sus relaciones.

Una de las últimas que debió de escribir, con fecha 12 de mayo de 1930, letra clara y algo trémula, me la escribió. Lo siento gentil, servicial, apenado de no ser útil por el momento, pero prometedor. Y como de costumbre, la flor del elogio sale a su pluma; me habla muy bien de un joven costarricense que acaba de graduarse en París de Dr. en Medicina. Hace como de padre orgulloso, los éxitos de los jóvenes costarricenses, que tiene por hijos suyos.

La carta confirma una vez más el aprecio viejo y comprensivo que justifica este recuerdo de Rep. Am. en honor suyo:

Admiro siempre su labor (de V.) constante de insigne literato y de sentido crítico benévolo y ecléctico. Yo soy además su constante suscriptor y no sé ya cuántas suscripciones atrasadas le debo.

Mándeme la cuenta, si no me obligaría V. a enviarle una orden de pago al Banco de Costa Rica, (que quisiera exacta, si V. me favorece con sus notas.)

Quedo siempre muy de veras a sus órdenes afmo. amigo.

Manuel M. de Peralta

En estos días ha muerto en Ridgewood (New Jersey), doña Marcelina González de Chable, hermana de nuestro Magón, y la gran artista que fue. Con este motivo evocamos el recuerdo nupcial del Dr. Antonio Zambrana, que sabía decir las cosas tan bien.

A la Srta. Marcelina González

Se necesitaría una de esas lenguas en que las ideas cantan como los pájaros o se abren como rosas perfumadas buscando el rayo de sol y el azul del cielo, en que el verso borda fantasía sobre fantasía en encaje rico como una sarta de perlas, tenue como el crespón de que hacen sus alas las abejas y las mariposas; se necesitaría, en suma, la lengua de un gran poeta, para decir algo a esta novia gentil, Aurora en que se oye la alondra, Primavera en que se oye el ruiseñor,—música viva y palpitante de las selvas de Costa Rica, en que suenan tantos rumores delicados, y surgen tantos aromas misteriosos y se respira una atmósfera de poesía virginal y refulgente.

El que la ha oído, no lo necesita; al que no la haya oído cómo podría explicársele, de modo que lo percibiera, como en el espacio que su voz ocupa se abre el ramillete de las armonías profundas, de las melodías penetrantes,—la queja del violín melancólico, la canción del piano, el ruido de lágrimas y el gorjeo de la flauta, la caída de la cascada argentina, el gemido de la tórtola, lo que dice el viento en la ola, lo que dice la ola en la playa, lo que dice la melodía interior del pensamiento!

Y cómo, cuando canta, bella como un ángel, parece que abre las alas fúlgidas, dispuesta a abandonar la tierra! Su rostro no es menos hermoso que su voz, su pensamiento no es menos hermoso que su rostro, su corazón no es menos hermoso que su pensamiento; para ella se ha escrito, sin duda, esta idea peregrina: «se diría que hay un ave que está cantando en su alma.»

Abril 27 de 1895.

(El Heraldo de Costa Rica)

Representativos auténticos de la tradición bolivariana

—De *Excelsior*, México, D. F.—

El Comité para la Libre Celebración del Centenario de Bolívar en México acaba de recibir una vibrante carta del distinguido escritor venezolano doctor don Humberto Tejera, en la que propone que se invite, de manera especial, a un descendiente de aquel español don Joaquín de Mier, que dió el último asilo al Libertador, y que es el general Guillermo Egea Mier, residente en esta capital.

El doctor Tejera dice en su carta lo que sigue: «Quiero manifestarles que considero ésta que ustedes inician, la forma justa de rendir homenaje a la memoria del Libertador, ya que los rumbosos actos que organicen los déspotas de las repúblicas bolivarianas, que han renegado de la tradición de libertad e independencia que dejó creada Bolívar, serán, como ya lo fué el Centenario del Congreso de Panamá, una farsa sarcástica».

«Bolívar, tanto como a sus compatriotas pertenece a todos los hombres libres de la América Latina, mejor aún, de la Humanidad. Por lo que hace a nuestro ambiente inmediato, en México existe actualmente un grupo de venezolanos que merece puesto de honor en esta celebración: son varios de los estudiantes de la Universidad de Caracas, que en 1928 comenzaron la rebeldía, no extinguida, contra el déspota de Venezuela; y son también varios de los combatientes que en 1929 atacaron a Cumaná y a Coro, con el magnífico propósito de liberar a la patria de Bolívar, aunque la fortuna les fué adversa. Creo que éstos son los más auténticos representantes de la Tradición Bolivariana, y que el Comité que ustedes están organizando y del que generosamente me llaman a tomar parte, hará un acto de justicia y a la vez se honrará con tener dentro de su seno a esos luchadores por la libertad. Entre ellos no debo, por el momento, detenerme a señalar méritos particulares; pero me es grato señalar a la consideración de ustedes a un descendiente de aquel español don Joaquín de Mier, que dió el último asilo al Libertador Bolívar, en Santa Marta y que es el general Guillermo Egea Mier.»

El doctor Tejera hace mención también a la comisión del Comité mencionado otra iniciativa: que entre los actos con que sea celebrado el Centenario de Bolívar en México, esté la publicación de un libro dedicado a honrar la memoria del Grande Hombre. «Estoy seguro de que nuestro Comité—termina diciendo el Dr. Tejera—, ampliado en la forma antes indicada y contando con el apoyo de todas las personas que simpatizan con los ideales de Bolívar, tan de actualidad hoy como hace un siglo, cumplirá a conciencia un deber continental para con el hombre que quiso tener hombres libres y unidos, y no esclavos ni tiranos por sucesores.»

Contestando la secretaría de dicho Comité a las aclaraciones que ayer hizo por medio de *Excelsior* el Encargado de Negocios del Ecuador en esta capital, señor Armando E. Aspiazú, hace la advertencia que sigue: «Insistimos en afirmar que de las repúblicas que Bolívar libertó con su espada y con su ideología, únicamente Colombia es la que ha seguido honrándolo con sus gobiernos probos, con su conducta ejemplar, que la sitúa a la vanguardia de las grandes democracias del mundo. Desde Santander hasta la fecha, ese país ha sido un caso extraordinario porque lo han gobernado varones de pensamiento, y es así cómo no sólo

fué el pueblo que mejor comprendió y siguió a Bolívar en sus campañas y el que en sus brazos recogió su último aliento, sino también ha sido sin disputa, el más leal a la gloria y al pensamiento del Libertador.»

No comprar a quien nos rechaza

—De *La Prensa*, México, D. F.—

En tanto que Francia, por la voz de sus Cámaras de Comercio, declara, a propósito de la inminente Ley de Tarifas prohibitivas que los Estados Unidos proyectan—y que el Presidente Hoover está dispuesto a afirmar, según declaró—: «nuestro derecho y nuestro deber es contestar con las mismas armas que se esgrimen en contra de nosotros»; en tanto que Bélgica, en semejantes condiciones de lejanía de los Estados Unidos que Francia, exige la cancelación del viejo tratado de Comercio que tiene firmado con nuestros vecinos y aconseja represalias, como las que el Canadá tomara; en tanto que la Argentina—cuyas exportaciones de pieles, lana, maíz y lino, para los Estados Unidos, representan el 75% del total—al verse afectada gravemente por la próxima ley arancelaria, reclama ante el Congreso medidas urgentes de defensa; en tanto que el Uruguay, concediendo que los Estados Unidos «tienen perfecto derecho para cerrar sus puertas a los artículos uruguayos, o de cualquier otro país», excita al pueblo y a las autoridades a que ejerciten el derecho equivalente que el Uruguay tiene «para impedir las importaciones de un país que rehusa comprar los productos uruguayos» y propone tarifas prohibitivas para los automóviles norteamericanos; ¿qué hace México, el vecino, el importante consumidor de este país que despóticamente cierra sus puertas aduanales, al mismo tiempo que persiste en invadir los mercados extraños, los de países de los cuales nada recibe?

¡Ah, México, cuando no hace nada en pro de su decoro, lo hace en contra, como en el caso de proponer—son Sonora y Coahuila los Estados que inician esa proposición comercial—que los automóviles no paguen derechos, díque para fomentar el turismo!

Pero, ¿México no ha sentido el fustazo que nos da la Ley Harris, rechazándonos, imponiéndonos «cuotas» restrictivas, que no se imponen a ningún otro país? ¿No se ha dado cuenta de que, al aumentar las importaciones que hacemos, en un 14% respecto del año anterior, y descender nuestras exportaciones en un 20%, la balanza comercial de México arroja un saldo

desfavorable? ¿No tenemos dignidad, ni avaloramos el perjuicio nacional que representa la fuga continua de nuestro oro?

México, «baluarte de las naciones de estirpe latina»—como nos llamamos en los discursos—, México, humillado por una parte, y exprimido por la otra; México, encrespado como el símbolo de su escudo, ni justifica ese símbolo, ni responde a las agresiones y succionaciones voraces del imperialismo, ni cumple con su papel geográfico y caballeresco de «baluarte». Nos quedamos tan tranquilos ante las insolencias norteamericanas, y seguimos importando productos norteamericanos, y quedándonos con los nuestros, afectados por la Ley de Tarifas que se avecina. ¿Tenemos, pues, alma y destino de esclavos?

La fórmula de nuestra defensa es ésta: *no comprar a quien no nos compra.*

Nosotros

Revista mensual de Letras, Artes, Historia, Filosofía y Ciencias Sociales

Directores:

ALFREDO A. BIANCHI.—ROBERTO F. GIUSTI
Secretario: EMILIO SUÁREZ CALIMANO

Administrador: DANIEL RODOLICO
Oficinas: LAVALLE 1430

Exterior..... » 8.00 dólares
BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA

CULTURA VENEZOLANA

Director: José A. Tagliaferro
Apartado de Correos 293
Caracas.

Cultura Venezolana se publica el día 15 de cada mes en números de 90 a 128 páginas. En la sección bibliográfica se dará cuenta de los libros de los cuales se remitan dos ejemplares.

Precio de suscripción:

En el extranjero: 5 dólares al año.

CONTEMPORANEOS

Revista Mexicana de Cultura

EDITORES:

Bernardo J. Gastélum, Jaime Torres Bodet,
B. Ortiz de Montellano, Enrique González Rojo

Aparece mensualmente

Un número..... Dlls. 0.50

Suscripción a 6 Nos..... 2.50

Apartado Postal 1811.

MEXICO, D. F.

QUIEN HABLA DE LA

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga experiencia la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO
Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

CERVEZAS
ESTRELLA, LAGER, SELECTA, DOBLE, PILSENER Y SENCILLA.

FABRICA:
REFRESCOS
KOLA, ZARZA, LIMONADA, NARANJADA, GINGER-ALE, CREMA, GRANADINA, KOLA, CHAN, FRESA, DURAZNO Y PERA.

SIROPES
GOMA, LIMÓN, NARANJA, DURAZNO, MENTA, FRAMBUESA, ETC.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas
Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA

SAN JOSÉ — COSTA RICA

Imp. Alsina (Sauter, Arias & C^o) San José, Costa Rica